

PURE CATHOLICISM.

(EL CATOLICISMO NETO.)

Periódico religioso, de indeterminado periodo, destinado á propagar el conocimiento de la pura religion del Evangelio. El precio es de seis reales v^{on}. por número; mas podrán tenerlo gratis los Españoles y los naturales de los estados en que se habla el language de Castilla, si no pudieren pagarlo.

INDICE.

	Pag.
Comunicado de España	97
Dios y la Naturaleza	100
Lo que es juzgar de ligero	113
Discusion amistosa, &c. Art. 2°	123
Un Materialista convencido de impostor por sus propios principios	136
Fé y Vida	142
Otro comunicado de España	143

LONDRES :

EN CASA DE PARTRIDGE Y OAKEY,

No. 34, PATERNOSTER ROW.

. Cualquiera comunicacion ha de dirigirse (franco el porte) al Editor :
No. 11, Ordnance-road, St. John's Wood.

EL CATOLICISMO NETO.

Periódico religioso, de indeterminado periodo, destinado á propagar el conocimiento de la pura religion del Evangelio. El precio es de seis reales v^{on}. por número; mas podrán tenerlo gratis los Españoles y los naturales de los estados en que se habla el language de Castilla, si no pudiesen pagarlo.

“Lo que fué desde el principio
..... eso os anunciamos.”
(1^a. Epist. de S. Juan, c. 1. v. 1—3.)

COMUNICADO DE ESPAÑA.

Poco despues de la publicacion de nuestro segundo número, recibimos una carta de uno de nuestros suscriptores, en que nos comunica que una persona de Madrid ha escrito algunas observaciones sobre *las oraciones de algunos Españoles &c.*, de que dimos un extracto en aquel número. En estas observaciones, dice nuestro suscriptor, afirma la eternidad de la naturaleza, la no existencia de un Criador, y de consiguiente la inutilidad de dirigir nuestras oraciones á un ser imaginario. En la misma carta nos da tambien noticia de otra, que él mismo ha recibido de España, en donde le dicen: “Me alegraria que cuando veas á J. Calderon, llames su atencion al estado actual de España. Aquí ahora, fuera de rarísima excepcion, todos son ó fanáticos, ó hipócritas, ó naturalistas ateos. Por eso, tal vez deberia escribir algo en su *Catolicismo Neto*, replicando persuasivamente á los argumentos ateistas.” Claro está, añade nuestro suscriptor, que las Santas Escrituras no pueden hallar entrada en espíritus así dispuestos, pues negando la existencia de Dios mismo, es imposible que acepten una revelacion de él.

Triste cosa es, aunque no estraordinaria, que la primera comunicacion de España, que hayamos recibido relativamente á las materias de que tratamos en nuestro *Catolicismo Neto*, sea de esta naturaleza. Decimos que no es cosa estraordinaria, porque en cualquier pais en que la religion ha sido impuesta y sostenida por la fuerza, todas las almas que tienen alguna energía han debido sentirse humilladas, y no

pudiendo dar muestras al exterior de que la conciencia de cada uno es un bien exclusivamente suyo, en que nadie tiene derecho á intervenir por la fuerza, han creído deber probarse á sí mismas su libertad real, descreyendo aquello mismo que la fuerza imponía, solo porque se le buscaba un apoyo en la fuerza. En casos semejantes, prescinde el alma de la verdad ó falsedad de lo que se le impone; lo rechaza solo porque lo impone la fuerza. Además de eso, la convicción que cada uno, mas ó menos explícitamente, abriga en su corazón de que la verdad tiene por sí sola atractivo bastante para hacerse aceptar, una vez bien conocida, ha hecho sospechar á todo el que piensa, que cualquier doctrina que no se ofrece á la aceptación libre de aquel á quien se propone no trae la verdad consigo. El catolicismo de Roma tiene además de excesivamente perjudicial, no tanto el enseñar el error, cuanto el enseñarle amalgamado con las verdades capitales del Cristianismo, como si todo no hiciese mas que un solo cuerpo. Así los que no están suficientemente instruidos de la verdad pura del Evangelio, cuando por un motivo ú otro llegan á desechar las supersticiones de aquel, arrojan de sí al mismo tiempo este, como cómplice, ó tal vez origen de ellas.

Esto supuesto y conocido por nosotros, quizá no tendríamos inconveniente en admitir la clasificación que de los Españoles se hace en fanáticos, hipócritas y Ateos; no porque sean Españoles, sino porque el sistema religioso, que la Inquisición les ha impuesto, lleva por lo regular á ese resultado; mas no estamos de acuerdo con que las escepciones sean rarísimas, pues no las tenemos por mas raras que las de cualquiera otro país de la Europa. No creemos tampoco que esas tres clases estén tan marcadas, que no se puedan hacer en ellas otras mas favorables, que llenen los intersticios; ni que de la ciega credulidad se pase tan *ex abrupto* al ateísmo, que no se encuentren un gran número de personas comprendidas en las diferentes especies de deísmo. Es verdad que el autor de las observaciones no parece pertenecer á ninguna de esas clases intermedias; y de ello no le hacemos cargo, antes conociendo nosotros, que no ha podido asentir á la superstición é idolatría de Roma, por una parte, y habiendo tenido él, por otra, la desgracia de no recibir la verdad pura del Evangelio, pensamos que se ha mostrado consecuente en no parar hasta el ateísmo; pues aunque entre este y la superstición de Roma hay muchos errores intermedios, nada se halla que pueda satisfacer á un pensador, á quien parece no haber satisfecho el puro Evangelio, si es que ha llegado á conocerle.

En cuanto á no haber hasta ahora dado entrada en nuestro periódico á materias, que pertenecen á lo que se llama *religion natural*, creemos estar suficientemente disculpados con nuestro mismo título, *El Catolicismo Neto*. El indica que nuestro propósito es presentar el Catolicismo, espurgado de todo lo que es de doctrina ó invención humana, para que en él no quede sino aquello que enseñaron los apóstoles, que fueron los que recibieron del Señor la autoridad de enseñar á todas las naciones. Esto supone tambien que hablamos á personas que créen en Jesucristo, y de consiguiente reciben su doctrina, pero que no la conocen fructuosamente; antes, habiéndola recibido mezclada de

innumerables errores, les ha venido á ser perjudicial, dejándolas quizá en peor estado, que si jamas hubiesen oído hablar de ella. Supóngase aunque admitimos la clasificacion de fanáticos, hipócritas, y Ateos, y que las escepciones sean pocas, esto es, los que, aunque erradamente, créen de buena fé y en sencillez de corazon ; pues aun esa suposicion nos autorizaria en la marcha que hemos adoptado. En primer lugar, parece no haber razon para dudar que nuestra obra pueda ser útil para las escepciones. A mas, los fanáticos son creyentes, y su mismo celo, aunque sin ciencia, puede llevarlos á leer lo que parece interesar su fanatismo : los hipócritas no son creyentes, pero quieren parecerlo, y esto puede tambien interesar su falso celo para reprobar, cosa que puede hacerles no desdeñar el leer. Así que siempre se hallará que escribimos para el mayor número, aun suponiendo que ninguno de la clase de los Ateos quiera absolutamente leer. Mas lo que prueba que es infundada la razon con que se apoya el consejo que se nos da, es que si tal disposicion en los espíritus fuese bastante para impedir el que se buscasse nuestro periódico, con mas razon lo hubiera sido para que se buscasen las santas Escrituras. La impresion y la circulacion de ellas en lengua vulgar y sin notas ó comentarios, están prohibidas por la Iglesia. Los fanáticos, que créen y respetan esa autoridad que prohibe, y los hipócritas que fingen creerla y respetarla, no las buscarian ; mas los Ateos, como dice nuestro suscriptor, no creyendo en Dios, es imposible que acepten una revelacion de él, ni de consiguiente, busquen la Biblia, que se da por tal. Mas ya sabe todo el mundo lo que á este cálculo ha respondido la esperiencia. No hace muchos años que un Inglés hizo una edicion de las santas Escrituras en lengua vulgar, y sin notas ó comentarios, y abrió tienda en Madrid mismo para vender Biblias y Nuevos Testamentos. En pocos dias comenzaron las gentes á acudir por centenas á comprar uno ú otro. Si estas gentes, que así acudian, pertenecian á las clases de fanáticos, hipócritas ó Ateos, claro está que esta circunstancia no les habia quitado el deseo de leer : si pertenecian á las escepciones, habremos de convenir en que estas eran numerosas, pues fueron acudiendo en tal número que la autoridad eclesiástica, viendo que era cosa vana el fiarse en las prohibiciones de palabra, acudió prudentemente á la autoridad civil, para que esta, interponiendo la fuerza, hiciese cerrar la tienda, y echase los libros del reino. Con que nuestro periódico sirviese para tan numerosas escepciones, podríamos contentarnos.

Otra consideracion muy poderosa para que no parezca inoportuna la marcha que seguimos, es que los escritos, grandes ó pequeños, en que se tratan las materias de teologia natural, como la existencia de Dios, el conocimiento de sus atributos, la inmortalidad del alma &c., no tienen prohibicion ninguna en España, antes circulan con toda libertad, y cada cual puede procurárselos cuando le convenga. En ellos puede cualquiera ver lo que hay pensado y dicho sobre la materia, pues nosotros, por nuestra parte, no creemos tener necesidad de una gran dosis de humildad, para pensar que no diriamos nada, ni mejor ni mas bien dicho, que lo que ya está escrito. No sucede lo mismo con los escritos en que se trata de enseñar la pura verdad del Evangelio, desembarazada de los innumerables errores, que la han hecho casi

desconocida en España, llamando é invitando á todos á que lean, examinen y estudien las santas Escrituras, en que se contiene. Sobre estos escritos pesa una prohibicion mas severa, y se persiguen con mas veras que los libros de los mas célebres Ateistas. Pidan pues á Dios, nuestros suscriptores, que en nuestro periódico se enseñe en realidad de verdad la palabra del Señor, y busquen medios para que se propague y circule; que si realmente en él se anuncia la palabra de Dios, él mismo tiene declarado que su palabra no volverá á él vacia, sino que prosperará en aquello que él ordenare. No queremos decir con esto que desechamos el consejo; antes le agradecemos y admitimos, y con arreglo á él queremos obrar alguna vez; de lo cual vamos á dar una prueba ahora mismo, haciéndonos cargo de las observaciones del escrito, de que se nos ha dado noticia, en la parte que hasta ahora nos es conocida la mente del autor.

DIOS Y LA NATURALEZA.

PARCE constante que las ideas de la generalidad de los hombres de todos los tiempos sobre Dios y la Naturaleza, pueden reducirse á estos cuatro sistemas. El primero es el de aquellos que piensan que Dios, autor y conservador del universo, y especialmente legislador de la especie humana, ha manifestado su voluntad al hombre por medio de la razon y de la conciencia, y á mas por medio de una revelacion positiva, escrita, y conservada en libros que se veneran segun la importancia de las comunicaciones, que en ellos se contienen. Esta puede llamarse con razon la creencia universal del género humano, pues no ha habido en la antigüedad, ni hay ahora pueblo alguno de alguna importancia, que no se crea ó haya creido depositario de una revelacion de esta especie. El segundo sistema es el de aquellos que creen que Dios, autor, conservador y legislador de los hombres, no les ha manifestado su voluntad por ninguna revelacion positiva ó escrita; pero que se ha revelado á cada hombre en particular por medio de la creacion, de las luces de la razon, y los dictados de la conciencia, mediante lo cual puede ahora, como siempre ha podido, conocer lo que es agradable ó no á la Divinidad, y lo que le conviene creer y practicar para su perfeccion como ser moral. El tercer sistema es el de los que piensan que Dios autor y conservador del hombre, así como del universo, no se ha manifestado á sus criaturas racionales imponiéndoles su voluntad como á seres morales; sino que demasiado elevado para mezclarse, por decirlo así, en nuestras cosas, ve con indiferencia nuestras opiniones y nuestra conducta; ni acepta ni rechaza nuestros homenajes, ni se cura mas de nosotros que el Emperador de la China, como ha dicho alguno, de informarse del número de hormigas que nacen en su imperio. El cuarto sistema, que es el extremo en la materia, es el de aquellos que piensan que no hay Dios, autor y conservador del universo, distinto de este, sino que, ó el universo



mismo es eterno, sin principio ni fin, ó que ha sido formado por efecto del acaso, en una infinidad de combinaciones de la materia eterna, de las cuales es una el estado actual de cosas, que vemos y tocamos. Estos tres últimos sistemas pueden propiamente llamarse meras opiniones, esto es, modos de pensar de individuos aislados, que de mas ó menos buena fé han tenido, y pueden tener ahora algunos secuaces.

A esta última clase parece que pertenece el autor de las observaciones contra la existencia de un Dios, de que hemos hecho mencion en el artículo que precede. Para hacer las nuestras sobre su escrito, diremos á lo que se limita lo que de él sabemos. Escriben de Madrid á nuestro suscriptor ya mencionado en estos términos:—

“Hace pocos dias que un librero de Madrid, al cual suelo comprar algun libro, me presentó un anónimo, ó pseudónimo de *D. Fidel Universal* contra la creencia en Dios, reducido á una porcion de preguntas, muy bien hechas, diciendo: Si hay Dios, &c.; por qué no ha hecho esto y esto?... y; por qué permite esto y esto? &c., &c. Yo le contesté tambien por escrito y anónimo: y él me ha devuelto mi escrito con algunas notas. Para darte una muestra de estas notas (porque mi escrito es largo) pongo á continuacion las que puedes entender sin el escrito principal:—*De las manifestaciones de Fidel no se deduce el que la existencia del Universo se debe al acaso: sino que concibe mejor que ese Todo y esa Naturaleza que se percibe, sea la eterna: y es para él mas inconcebible el que por ignorar el origen de este todo y Naturaleza, y de sus cualidades, y procedimientos se haya de crear un Dios, mucho mas inconcebible que ella: y no pasar en igual concepto, y por la misma causa, á crear mas y mas nuevos Dioses, mediante á que de cada uno que se crea, se ignora igualmente su naturaleza y sus circunstancias: cuya inconsecuencia se salvaria concediendo á ese todo, que no se comprende, y que se llama Naturaleza, las atribuciones que se conceden y señalan al Dios incomprensible que se crea, para hacerle Criador de ese Todo y de esa Naturaleza, que á lo menos se percibe y se la nota, aunque no se la conocen su origen y procedimientos, que es la cuestion de que se trata.* Por este estilo va rebatiendo en sus notas D. Fidel Universal los reparos ó notas que yo puse á su escrito. Lo particular es que el haber regalado yo á ese librero el cuaderno de las oraciones de J. T. sobre la lectura de las Escrituras, ha motivado ese escrito de Fidel.”

Esto es todo lo que conocemos de las opiniones del autor sobre la materia. Por ello vemos que no niega la existencia de Dios por una razon positiva y directa, que tenga ó alegue para rechazarla, sino porque no tiene razon para admitirla, lo que es muy diferente, y todo aquello á que puede alcanzar la doctrina del ateismo. En la nota suya que dejamos copiada alude á las dos únicas suposiciones que pueden hacerse en esta materia: ó el Universo que vemos y tocamos, de cuya existencia por lo mismo no duda, increado, existente por sí mismo, esto es, sin haber recibido el ser de ningun otro ser preexistente y distinto de él; ó bien el Universo creado, no existente por sí, sino habiendo recibido el ser que tiene y las leyes que le rigen de otro ser preexistente, á quien por lo



mismo convendría el título de criador. Admite el autor la primera de estas dos suposiciones, porque aunque ese universo increado, que designa con el nombre de Naturaleza, sea incomprensible en su origen y procedimientos, al menos se la percibe y se la nota, es decir, está uno cierto de que existe: en vez de que ese otro ser preexistente, que se supone Criador de esta Naturaleza, incomprensible también, ni se le vé ni se le nota. Siendo todo esto así, es decir, si un Dios Criador y una Naturaleza creada, por una parte, y un ser único, la Naturaleza increada, por otra, son dos cosas incomprensibles en su origen y procedimientos; pero que la segunda, la Naturaleza increada, muestra á lo menos su existencia de una manera indudable, en cuanto la vemos y tocamos, su raciocinio es justo, puesto que en buena filosofía no se han de multiplicar los seres, cuando ninguna necesidad ó razón hay para ello.

Mas antes que pasemos adelante á manifestar en que consiste el error que parece dar fuerza al raciocinio del autor de las observaciones, nos conviene examinar hasta que punto, supuesto lo que vemos y tocamos, pueden convenir á la Naturaleza, Ser único, las atribuciones que se dan á Dios, y que él quiere dar á aquella. En primer lugar, si la Naturaleza es el Ser único, ella debe ser increada, pues no otra cosa quiere decir el que no haya recibido de nadie el ser que tiene. Debe en segundo lugar ser un Ser eterno, pues esto cabalmente es lo que quiere decir el que no haya tenido principio, como se supone. En tercer lugar, no puede menos de admitirse que la Naturaleza sea un Ser inteligente y sabio: de esto no se hace mención en la suposición, pero suponemos que el autor no lo niega, puesto que en lo que vemos y tocamos, que es aquello con que la Naturaleza nos muestra su existencia, no solo advertimos inteligencia, sino que cuanto en ella se hace es hecho con designio, en que brilla la mas profunda sabiduría; ni á nadie ha venido el pensamiento de que los ojos, por ejemplo, no hayan sido hechos para ver, ó los oídos, para oír; ni de que estos órganos no estén admirablemente proporcionados para ejercer estas funciones. En cuarto lugar, un Ser de estas circunstancias debe ser también omnipotente, porque ¿quien pondría límites al poder de un Ser, que es único? ¿Qué obstáculo habia de encontrar el Ser, que es todo? Mas el atributo que suponemos que D. Fidel no da á la Naturaleza es el tener una voluntad, es decir, que lo que hace lo hace porque así es su beneplácito, de modo que pudiera no hacerlo, ó hacerlo de otro modo, si así quisiese. Esto lo inferimos del objeto de las observaciones del autor, que es mostrar la inutilidad de la oración: porque si se supone la Naturaleza, inteligente, sabia, sin límites en el poder, y dotada de una voluntad, mediante la cual dispone las cosas como le place, y no está de modo alguno necesitada á obrar del modo que obra, jamás podrá persuadirse al hombre que padece, el que no recurra á un Ser de esas circunstancias, pidiendo el remedio de alguno de sus males, ó de todos ellos; pues con la certeza de que voluntariamente los envía, va envuelta la de la posibilidad de que los retire, ó disponga las cosas de modo, que él se vea libre de ellos, si tal fuere la voluntad de un Ser, á cuyo poder no se reconocen límites. Así el autor no puede en el caso presente sostener la inutilidad de

la oración, sino suponiendo también que la Naturaleza es un Ser, cuyas operaciones no son otra cosa que condiciones necesarias de su existencia, y en cuyas manos no está el alterar ó modificar ninguna de ellas.

El error que envuelve el raciocinio del autor, consiste en que supone contra toda verdad que los que admiten la existencia de un Dios Criador, lo hacen así porque la Naturaleza les es incomprensible, esto es, porque ignoran su origen y procedimientos. Eso en efecto, sería inconcebible, como el autor dice ; porque de ignorar no se puede nunca deducir ni concluir nada. Mas la verdad es todo lo contrario : porque si se supone la existencia de un Dios Criador de la Naturaleza, no es por lo que de ella se ignora, sino por lo que se conoce de sus procedimientos ; de estos se deduce cual puede ser ó no su origen. Ahora, cuando decimos que conocemos los procedimientos de la Naturaleza, no queremos decir por eso que los conozcamos todos ; pues nos basta conocer algunos, para que de ellos podamos deducir algo, y juzgar si tales ó tales atribuciones le convienen ó no le convienen, lo que basta para que no pueda decirse que para nosotros es ella un ser incomprensible. En efecto, cuando esa chispa de inteligencia que brilla en el hombre, desde este casi imperceptible punto del Universo, que habitamos, ha sabido seguir los astros á través de los abismos del espacio, y descubrir y calcular la multiplicada variedad de sus movimientos, à punto de poder, por reglas infalibles, decir muy de antemano, en que punto del espacio ha de hallarse tal ó tal cuerpo de nuestro sistema solar, en tal día, á tal hora, minuto, y segundo—cuando ha sabido sorprender tantos secretos de la Naturaleza, que ha podido, por ejemplo, en su mismo gabinete y en corto tiempo, formar el diamante, que ella solo obrando en un impenetrable secreto, no forma sino en años, ó tal vez en siglos, no se puede con la menor sombra de razon decir, que la Naturaleza nos es incomprensible en sus procedimientos. Ahora pues, del conocimiento de estos ú otros que vemos y tocamos, se ha deducido que la suposición de D. Fidel Universal es un absurdo, esto es, que es imposible que la Naturaleza, que se percibe y se nota, no tenga un Criador ó Hacedor, de quien haya recibido el ser que tiene, y quien le haya impuesto las leyes con que es regida.

Tal vez creará el autor de las observaciones, que para decidir que la Naturaleza, que vemos y tocamos, es ó no es un absurdo, suponiéndola increada, necesitaríamos conocimientos mas profundos de sus procedimientos, que los que tenemos ; mas nosotros le rogamos que pese con imparcialidad estas dos solas consideraciones, que sometemos á su discernimiento y buen juicio. Con la suposición de que la Naturaleza es increada y eterna, debe admitirse también que ella es el Ser único, un ser que escluye todo otro ser que no sea ella ; de consiguiente, que los hombres, los demas animales, los árboles y plantas, en la tierra, y los astros en los cielos, no son otra cosa, que este mismo ser único en diversas transformaciones que reviste : que las fuerzas de estas cosas, los movimientos y mutaciones que en ellas observamos, no son otra cosa que las manifestaciones de las fuerzas, movimientos y mutaciones de ese Ser único y solo que existe, diversos modos de su existencia, que él presenta á nuestra consideracion. Mas

las fuerzas, en virtud de las cuales se verifican estas transformaciones deben ser esenciales á la Naturaleza, como inherentes en ella, no comunicadas por otro, y de consiguiente eternas, y eternamente en ejercicio. Así, esas transformaciones ó combinaciones son condiciones necesarias de la existencia de la Naturaleza ; y solo porque las vemos y tocamos, es por lo que podemos decir que ella se ve y se la nota, como el autor dice. Ahora, es imposible que podamos considerar todas esas combinaciones de otro modo, que como infinitas ; pues, no habiendo tenido principio, si desde la que existe ahora vamos con el pensamiento recorriendo las que precedieron, hallaremos que es imposible señalarles número : ¿ y qué otra cosa es el ser infinitas, sino el no ser posible señalarles número ? Por otra parte, es indudable que siendo en la Naturaleza, si es increada, esencial el movimiento, y cada serie de movimientos presentando una nueva combinacion ó transformacion, á la que al presente existe sucederá ó podrá suceder otra ; y así tendremos, que á las transformaciones infinitas que precedieron, habrá de añadirse, ó podrá añadirse otra : ahora bien, aquellas combinaciones, á que aun puede añadirse otra, no son infinitas, ni podemos concebir que lo sean. De aquí resulta, que la Naturaleza, si es increada y eterna, presenta á nuestra consideracion combinaciones, que estamos obligados á suponer finitas é infinitas. Mas un ser, á cuya existencia van anejas circunstancias ó condiciones contradictorias, no puede ser para nosotros mas que un puro ente de razon, un absurdo : y eso es realmente una Naturaleza como la que se percibe y se nota, si se la supone increada y eterna.

Miremos ahora esta misma materia en otro aspecto, y consideremos que esas combinaciones ó transformaciones, que ya nos hemos visto obligados á suponer finitas é infinitas, proceden, cual deben proceder como efectos necesarios del movimiento, en un órden sucesivo : que cuando empieza una, acaba necesariamente otra. Así, unas vienen despues de otras ; de modo que tomando por ejemplo cualquiera de ellas, podemos decir : esta es ahora, otra fué antes, otra será despues. *Antes, ahora, y despues* no es otra cosa que el *Fué, Es, y Será*, en que se resuelve necesariamente la idea del tiempo, presente, pasado, y futuro ; en contradiccion manifiesta con la idea de la eternidad, que no puede concebirse, sino como un perpetuo é interminable *Es*, que excluye todo *fué* y todo *será*. Esta idea del tiempo es esencial á la idea de sucesion, no siendo el tiempo otra cosa que la sucesion medida. La sucesion es circunstancia inseparable de combinaciones ó transformaciones, que ni son ni pueden ser simultaneas. Así pues, siendo estas transformaciones condiciones necesarias de la existencia de la Naturaleza, en la idea de esta existencia debe entrar necesariamente la idea del tiempo. Mas segun la suposicion que adopta el autor, la existencia de la Naturaleza es eterna ; con lo que tendremos en su Naturaleza los atributos contradictorios de la eternidad y del tiempo : de donde resulta tambien, que la Naturaleza eterna es un puro ente de razon, y la suposicion un absurdo. Ahora, pues que esta suposicion es un absurdo, no podemos menos de admitir la otra, es decir, la de una Naturaleza creada en el tiempo, y de un criador y hacedor de ella. Es claro de consiguiente que no admitimos esta segunda

suposicion por lo que de la Naturaleza ignoramos, sino por lo que de ella conocemos en los procedimientos, por los cuales se la percibe y se la nota. Así, en lo que directamente vemos y tocamos de ella, vemos y tocamos indirectamente, y de un modo no menos indudable, á su Hacedor : de suerte que no vamos de incógnito á incógnito, sino de una cosa conocida á otra incógnita, pero que en este proceder deja para nosotros de serlo.

Si pues la Naturaleza increada y eterna es un absurdo, como parecen probarlo las consideraciones metafísicas, que hemos puesto á la vista del autor, deberá seguirse que gran parte de los fenómenos que vemos y tocamos, ó no podrán explicarse de ningun modo en dicha suposicion, ó que no se explicarán sino por absurdos. Demos por supuesto que puedan explicarse los fenómenos del orden físico, para que podamos pasar á ver que razon puede darse de algunos de los fenómenos del orden intelectual y moral. Antes de entrar en esta materia veamos que es lo que, en la suposicion de la Naturaleza increada, pueden llamarse leyes de la Naturaleza. En la suposicion de un Dios, Criador de ella, las leyes de la Naturaleza no son mas que las condiciones con que Dios quiere que sea regida esa Naturaleza, á quien él ha dado el ser. Dios que la crió, quiere que exista de tal ó tal modo : Dios es el legislador, su voluntad es la ley, y la Naturaleza es el súbdito que á esta ley ha de someterse. Mas en la suposicion de la Naturaleza increada, cuando se dice *leyes de la Naturaleza*, se habla tan impropriamente, como en la suposicion de un Dios criador se hablaria, si se dijese *leyes de Dios*, ó leyes con que Dios se rije. El ser increado y eterno no puede haber recibido leyes de nadie, porque nadie ha podido imponerle su voluntad. Así en la suposicion del autor, lo que llamamos leyes de la naturaleza, no son propriamente leyes, sino condiciones necesarias de la existencia de ese ser, que el llama Naturaleza, y en cuya mano no está, ni modificarlas ni alterarlas, ni destruirlas. Sin embargo, por no reducir esto á una cuestion de nombre, continuaremos empleando el de leyes de la Naturaleza ; y si hubiésemos de definir las de un modo que el autor pudiese admitir, y nosotros no tuviésemos motivo de rechazar, diriamos que *ley de la Naturaleza* es el orden regular y constante de los hechos que ella presenta á nuestra consideracion. Así, en cualquiera clase de hechos que observemos, cuando vemos orden, regularidad y perpetuidad en ellos, allí suponemos que interviene una ley de la Naturaleza ; es decir, allí vemos una espresion de la voluntad del Criador, que quiere que de tal modo se rija la Naturaleza, en la suposicion nuestra ; ó una manifestacion que ella misma nos hace de una de las condiciones necesarias de su existencia, en la suposicion del autor. No por otra razon decimos, por ejemplo, que es una ley de la Naturaleza el que un cuerpo, dejado á sí solo, caiga y vaya á buscar el centro de la tierra siguiendo la linea vertical, sino porque en todo tiempo y lugar se ha observado que cualquier cuerpo, en que se ha hecho la esperiencia, ó se ha hallado en esas circunstancias, regular y constantemente lo ha hecho así. Por la misma causa reconocemos por una ley de la Naturaleza, el que la madre ame al hijo, á quien dió el ser, y se emplee con solicitud y esmero en cuidarle, alimentarle y buscar su

bien, porque es un hecho regular y constantemente observado el que las madres, en cualesquiera circunstancias, se conducen así. ¿Y qué otro motivo tenemos para decir, que es una ley de la Naturaleza que el hombre ame su propia vida, y procure conservarla por cuantos medios están á su alcance, sino porque es un hecho constantemente observado el que el hombre en cualesquiera circunstancias, aun las mas tristes, lo hace así? Y no obstaría el que se hubiese observado alguno que otro hecho en contrario de esta experiencia general. Si en alguna ocasion, por ejemplo, se hubiese observado que algun cuerpo grave se desviaba de la línea vertical en su descenso, ó que alguna madre aborrecia el fruto de sus entrañas, ó que algun hombre atentaba deliberadamente á su propia vida, se buscaría en esos casos especiales la causa particular de semejante aberracion; pero, encontrárase ó no se encontrara, ni el descenso de los cuerpos graves por la vertical, ni el amor de la madre, ni el deseo de conservar la propia vida, dejarían por eso de ser reconocidos por otras tantas leyes de la Naturaleza.

Aunque se ha dicho, y no sin fundamento, que la doctrina del ateismo conduce á la inmoralidad, no por eso se puede sostener con razon que los Ateos hayan de ser inmorales, por el solo hecho de haber abrazado esta triste doctrina. Mas si nosotros no creemos que por esta sola causa hayan de ser inmorales, estamos sin embargo persuadidos de que no pueden dar una razon satisfactoria de su moralidad, siguiendo sus propios principios. Tomamos por ejemplo al mismo D. Fidel Universal en el escrito, de que hemos hecho mencion. ¿Cual puede ser la moral de una persona, que está persuadida de que no existe un Dios, Criador y Legislador del Universo, y cuya voluntad es la regla de los acciones de los hombres? Nosotros no podemos decir lo que á esto responderá personalmente el autor del escrito, pero sí podemos fundadamente presumir lo que no puede menos de responder, el que se halle en la misma persuasion. Es accion buena, dirá, cualquiera de las que el hombre hace, que se conforma, ó tiende á conformarse con alguna de las leyes de la Naturaleza; y es accion mala cualquiera de las que hace, en que contraría ó tiende á contrariar alguna de estas leyes. Ahora, el hecho mas general y constantemente, (sin excepcion,) observado, y por tanto mas digno de ser considerado como la ley primaria de la Naturaleza, es que el hombre ama y busca su propio bienestar, su felicidad; y que aborrece, y se emplea con todas sus fuerzas en alejar de sí cuanto puede perjudicarle en este sentido. Así, puede decidirse que el hombre obra bien todas las veces que practica acciones, que de cerca ó de lejos le procuran ó tienden á procurarle su propio bien estar y felicidad, y que obra mal, siempre que las practica tales, que á la corta ó á la larga, han de acarrearle la infelicidad. En esto están todos los deberes que tiene el hombre para consigo mismo. Es ademas un hecho, que á cada hombre enseña su propia y bien entendida experiencia, que el hombre no puede hallar su cabal y perfecto bienestar, cuando los que le rodean y con quienes debe estar en mutua relacion, son infelices: de aquí se signe que en el mismo deber, que por ley de Naturaleza tiene de procurarse su propio bien

estar, va envuelto el deber de buscarle y procurarle tambien para los otros. Y en esto están todos sus deberes para con sus semejantes ; y en uno y otro, todos los deberes de la moral. Diremos, sin embargo, de paso que de aquí resulta que, en resumidas cuentas, nunca debe hacer el hombre nada por nadie, sino para sí propio ; lo que ciertamente no es muy moral, ni propio para inspirar sentimientos muy elevados ; pero ahora no es nuestro ánimo ni aprobar ni reprobar estos principios, sino solamente exponerlos.

D. Fidel Universal, queriendo sin duda hacer una aplicacion oportuna de ellos, se ha determinado á anunciar á quien ha creido conveniente, la grande é importante verdad, en su entender, de que no hay otro Dios increado y eterno, que la Naturaleza que vemos y tocamos en los fenómenos, que presenta á nuestra consideracion el Universo. Ha considerado, pues, que es un hecho general y constantemente observado que el hombre desea saber la verdad, y que en cualquiera cosa, de poco ó de mucho interes, lo que le contenta es estar en la verdad, en la realidad, porque como por instinto presiente, y en las mas ocasiones por esperiencia sabe, que la verdad y el bien van de acuerdo : que con la misma ansia que busca la verdad, porque satisface, con esa misma procura evitar el error, pues el mismo instinto y esperiencia le enseñan que el error y el mal van ordinariamente de compañía. Esto supuesto, lo que debe á sus semejantes por su propio interes y bienestar, le hace desear que ellos sepan tambien la verdad, ó que no estén en el error. Asi como él, los filósofos todos consideraron siempre como un deber el dedicarse á la investigacion de la verdad, y á enseñarla á los demas, con tanto mas ardor y satisfaccion, cuanto mas importante la creyeron. Ahora, si hay un Dios vivo y personal, distinto del Universo, que nos vé y nos oye, y nos ha de pedir cuenta de nuestras acciones, ó si no hay mas que un Dios resorte de esta gran máquina del Universo, idéntico con ella, que ni vé, ni oye, ni pide cuenta á nadie, es una cuestion de tan alta importancia, que es mas inexplicable el que cualquiera se muestre indiferente en ella, que el que la resuelva por la negativa.

D. Fidel Universal, que la ha resuelto así, así la enseña, y asi la propone á los que quieran escucharla ; y en esto no hallamos por ahora otra cosa de que hacerle cargo, sino de que no haya reparado en la manifesta inconsecuencia que hay en esa misma Naturaleza increada y eterna, en que él cree. D. Fidel no ha tenido presente que es tambien un hecho general y constantemente observado, que todas las tribus y pueblos de la tierra, antiguos y modernos, en cualquier grado de civilizacion en que se hayan hallado, han creido y creen en un Dios personal, que vé, oye y entiende á los hombres, á quien estos han ofrecido y ofrecen sacrificios, á quien han venerado y veneran con variedad de ritos ó ceremonias religiosas, á quien han dirigido y dirigen súplicas y peticiones, persuadidos de que quiere y puede escucharlos y favorecerlos : hecho tan universal y constantemente reconocido por tal, que desde que Plutarco dijo : “ Podriamos, tal vez, hallar ciudades sin muros, sin casas, sin leyes, sin el uso de la moneda, sin conocimiento de las letras ; pero un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin ritos y ceremonias religiosas, sin sacrificios, nadie le

vió jamas," nada se ha observado que no nos autorice á desafiar á cualquiera en los términos de Hume: "Búsquese un pueblo sin religion: si se halla tal, seguros podemos estar de que no se diferencia mucho de los brutos." Esto supuesto, del mismo modo que reconocimos por leyes de la Naturaleza el que la madre ame á su propio hijo, y el que todo hombre desee y procure conservar su propia vida, aunque haya podido citarse alguno que otro ejemplo de madres que aborrecieron el fruto de sus entrañas, y de hombres que de propósito se dieron la muerte, solo porque siempre vimos que tal es el orden regular y constante que en la marcha de la Naturaleza observamos en esta parte; así ni mas ni menos, y por igual razon, puesto que la Naturaleza no se esplica de otro modo que por los hechos, debemos reconocer por ley de ella el que el género humano crea en un Dios que ve, oye, y entiende, á quien pueden dirigirse peticiones y súplicas, que él puede satisfacer segun sus altos designios; aunque, por otra parte, puedan citarse ejemplos de individuos aislados, que como D. Fidel Universal hayan renunciado á esta persuasion. En estas circunstancias, nos admiramos de que D. Fidel no haya reparado, que su Naturaleza increada y eterna, que en el orden regular y constante de los hechos que observamos, nos muestra haber plantado en el corazon del hombre el deseo irresistible de saber la verdad en todo lo que le interesa, nos muestre tambien, en otra serie no menos regular y constante de hechos, que es igualmente una ley suya, que ese mismo género humano haya caído en el error en la materia mas importante de todas, creyendo que hay un Dios con las circunstancias con que le ha creído, cuando la realidad, ó la verdad, es que no hay tal. Nos admiramos de que no haya visto que, si una ley de la Naturaleza le hace á él, como amante de sus semejantes, un deber el participar á los otros la importante verdad de que no hay un Dios que oye nuestras oraciones, por otra ley de la Naturaleza crean y hayan creído esos mismos hombres que sí hay tal. Nos admiramos de que tenga su accion por buena, habiendo convenido, ó debiendo convenir segun sus principios, que será accion mala cualquiera de las que haga, que contrarie ó tienda á contrariar alguna de las leyes de la Naturaleza; cosa que cabalmente hace la suya, cuando en su escrito intenta disuadir á los hombres de la creencia en un Dios vivo y legislador del Universo, puesto que la Naturaleza misma ha mostrado, en el hecho regular y constantemente observado de haber tenido siempre esta creencia los hombres, que es una ley suya el que la tengan. Y nos admiraremos mucho mas todavia, si despues de todo esto, no llega á conocer que en esta parte la Naturaleza increada y eterna, cual él la cree, le presenta leyes contradictorias; una, que le impone el deber de respetar la creencia universal del género humano, otra, que le obliga á enseñar que esa creencia es una ilusion. De que resulta que tanto en este sentido, como en el de que ya hemos hablado, una Naturaleza tal es un puro ente de razon, un absurdo.

Quizá no querrá convenir D. Fidel en que es una ley de la Naturaleza, el que el género humano crea en la existencia de un Dios, con quien pueda estar en relaciones de cierta especie, por cuanto es conocida la causa que ha inducido á los hombres en semejante ilusion. El

primero que hizo los dioses, dijo uno de los filósofos, fué el miedo. El horror de una tempestad, el terror que inspiraron á los primeros hombres el trueno, el rayo, el desórden de los elementos enfurecidos, y otras catástrofes, de que fueron por primera vez testigos, de que no vieron, ni en sí ni en ninguno de sus semejantes, sugeto capaz de ponerlos á cubierto, hicieron que estas afligidas criaturas levantasen las manos al cielo pidiendo socorro, sin saber á quien, por efecto únicamente del miedo y del espanto, de que fueron sobrecogidas. En esto está, de seguro, todo el misterio de semejante creencia: sucedióles lo que dice el proverbio español: "Soñaba el ciego que veía; y soñaba lo que quería." De modo que los primeros hombres soñaron que habia uno que podia librarlos de aquello que no podian librarse ellos mismos, porque así lo deseaban. Mas si esta solucion parece satisfactoria á D. Fidel, eso nos admirará todavia mas que todo lo demas, de que ya nos hemos admirado; porque ella solo prueba que la ley de la Naturaleza, de que los hombres crean la existencia de un Dios, es consecuencia de otra. En efecto, hecho regular y constantemente observado es, el que los hombres teman y se amedranten á vista de semejantes catástrofes; de consiguiente, el temor en estas circunstancias es igualmente una ley de la Naturaleza, ó, como generalmente se dice, una cosa muy natural. Mas no es hecho menos regular y constantemente observado, el que los hombres así aterrados acuden implorando auxilio, aunque no sepan á quien, á alguno que piensan puede librarlos de esas catástrofes: luego tambien es una ley de la Naturaleza, consecuencia de la anterior, el que los hombres lo hagan así. Ahora, como segun el autor, no hay en realidad ninguno que tenga poder sobre la Naturaleza, para librarlos de las catástrofes con que ella los amenaza, se sigue que por ley de la misma han caido ellos en la ilusion de creer que le hay, esto es, de creer que hay un Dios que la manda, y á quien debe ella estar sujeta. Queda pues el caso en el mismo estado que tenia antes de la solucion.

Pero lo que mas quisiéramos saber de D. Fidel, persuadido como se halla de que posee la verdad en una materia tan importante, es que partido ha de tomar, si quiere seguir puntual y estrictamente los preceptos de la moral natural, no haciendo cosa que contrarié ó tienda á contrariar alguna de las leyes de la Naturaleza. Supongamos que crée conducente el abstenerse de inducir á sus semejantes á que abandonen esa creencia que tienen, y que regular y constantemente han tenido siempre. En ese caso, como él, y los algunos filósofos de su modo de pensar, saben la verdad en esta materia, por no hacer cosa alguna que tienda á contrariar esta creencia universal, habrán de hacer lo que el incrédulo Gibon dice que hacian los filósofos: "Estos, dice en su historia de la decadencia y ruina del imperio romano, conservaban en sus escritos, ó en sus conversaciones, la independencia y la dignidad de la razon; pero por lo que respecta á sus acciones, se sometian á las reglas establecidas por las leyes y por las costumbres. Mirando con sonrisa de compasion y con indulgencia los errores del vulgo, practicaban con escrupulosidad las ceremonias, ó ritos religiosos, de sus antepasados: frecuentaban devotamente los templos de los dioses: alguno tal vez de ellos, haciendo un papel principal en el

teatro de la supersticion, ocultaba los sentimientos de un Ateo bajo la mitra de un Pontífice . . . y con tanto respeto aparente, como real desprecio interior, se acercaban al altar del Júpiter Olímpico, como al del Júpiter del Capitolio." Con esto tendrá D. Fidel universal que convenir, en que no es repugnante á su sistema de moral natural el que cumpla con lo que debe á sus semejantes, usando con ellos de la mas abyecta hipocresia. Supongamos que no encuentra conforme este indigno proceder á la moral, que aprendió cuando aun no era Ateo, y que su honradez le hace decir pura y neta la verdad, que como hombre, y mas como filósofo, les debe. ¿ Qué haria, si volviese el tiempo, que no tiene nada de imposible, en que un Inquisidor se viese con poderes suficientes para meterle en un calabozo secreto, descoyuntarle los huesos en un tormento, ó hacerle reventar en un potro, para que confesase contra la verdad y contra su conciencia, que hay un Dios que autoriza á la Inquisicion para que le encarcele, le atenacée, le descuartice y le fria vivo? El Inquisidor no quiere mas que calle, y mienta á su conciencia. ¿ Le dará gusto, ó perseverará? ¿ Implorará el auxilio de la Naturaleza, que no le oye, ó la maldecirá, quizá, con el dia en que le dió el ser?

Mas á D. Fidel Universal, reducido á ese lastimoso estado por amor de la verdad, no le queda ni aun el triste consuelo de lamentarse y maldecir al autor de la injusticia que padece. D. Fidel, perseguido, atormentado, escarnecido, no es mas que una modificacion de la Naturaleza, un cierto modo de ser de ella, víctima de otra cierta modificacion de la misma, fenómeno que aparece en el Universo con carácter de Inquisidor. Así, atormentador y atormentado son el mismo, único, eterno é increado Ser en dos diversos modos de ser del mismo, condiciones necesarias de su eterna existencia: en una palabra, ambos no son otra cosa que la Naturaleza que lucha consigo misma en dos diversas modificaciones suyas, de las cuales la que aparece con el nombre de D. Fidel sucumbe á la fuerza de la que se muestra con el nombre de Inquisidor; y el lamento ó la maldicion en boca de D. Fidel seria cosa tan sin sentido, como si la Naturaleza se lamentase de su misma obra, ó se maldijese á sí misma por haberla hecho. Ya se deja entender que Job en el abandono absoluto, cuando, sumido ya en todas las desdichas que pueden affigir á un mísero mortal, sus amigos, y aun los de su propia casa y familia, le llenaban de improperios, alzase el grito y exasperado dijese:—"Perezca el dia en que nací, y la noche en que se dijo: concebido ha sido un hombre;" ó que de otra manera lamentase su triste suerte:—"Me han abandonado mis parientes, y se han olvidado de mí los que me conocian. Mi muger tuvo asco de mi hálito, y tenia que rogar á los hijos de mis entrañas;" porque al fin podia añadir con seguridad y con confianza:—"Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios: á quien he de ver *yo mismo*, y no otro: esta mi esperanza está depositada en mi pecho." (Job c. xix., v. 25, &c.) Mas á D. Fidel no le quedaba mas que sucumbir en la mas impotente desesperacion, sin motivo ninguno razonable para morir en paz y resignado. "Sin la esperanza de los bienes venideros, podriamos contar la

virtud y la inocencia en el número de aquellas cosas, sobre que pronunció Salomón su sentencia definitiva:—*Vanidad de vanidades, todo es Vanidad,*” dijo uno.* ¿Las contará en ese número D. Fidel? Y si no las cuenta; según sus principios, qué razón satisfactoria puede dar de su moral, caído en las manos del Inquisidor?

Ya nos contentáramos nosotros con que D. Fidel, con cuantos se hallan en su caso, sacase de las consideraciones que preceden, aunque no fuera mas que el decir en su corazón: Quizá yo me engaño, y la verdad es que hay un Dios, distinto del Universo ó de la Naturaleza, Criador y Legislador de ella, que me vé, me oye, tiene cuenta de mí, y me invita á que á él vaya para hacerme feliz. No vemos que en su escrito alegue pruebas que le convenzan de que no hay tal Dios, sino que no encuentra razón para afirmar que le hay. Así es que estas nuestras reflexiones no van á probarle directamente la existencia de ese Ser, sino hacerle ver que es un absurdo el reposar en la suposición que él admite, y que es mucho mas racional y filosófico el creer con todo el género humano, que la Naturaleza tiene un Hacedor, y la especie humana un Legislador, y un Juez supremo. No hablamos de la serie de preguntas que contiene su escrito, porque no las conocemos. Poca ó ninguna razón del mundo físico, y ninguna absolutamente del mundo moral, puede darse en el sistema de cualquier especie de Ateísmo: alguna del mundo físico y ninguna del moral, en el sistema de los que admitiendo un Dios, distinto del Universo, piensan que no tenemos ninguna relación moral con él. Ya se puede dar alguna de los fenómenos morales en el de los que creen, que Dios se ha revelado al hombre en la luz de la razón y de la conciencia; pero solo admitiendo al Dios del Evangelio, se puede dar razón de todos los *por qué*s, cuya razón nos interesa conocer para nuestra perfección moral, y para nuestra constante felicidad. No basta al género humano el conocimiento de Dios que nos dan las consideraciones metafísicas, ó el aspecto de las maravillas de la Naturaleza, que vemos y tocamos. El género humano se ha creído culpable, como lo prueba el sistema de sacrificios y expiaciones que se halla en todas las religiones del globo. “De tantas religiones diferentes, no hay ni una sola que no tenga por objeto principal las expiaciones: en todos tiempos ha conocido el hombre que tenía necesidad de clemencia.” Así lo observó Voltaire (Ens. sob. la Hist. gen.), y así lo puede observar cualquiera que se tome el trabajo de recorrer la historia de la humanidad. El Dios que perdona, el Dios de que el hombre culpable tiene necesidad, no ha escogido para dársenos á conocer pruebas metafísicas, porque quiere perdonar á sabios y á ignorantes, á literatos y á los que no tienen letras; ha escogido pruebas de hecho. Dios ha hablado en muchas maneras á los Padres en otro tiempo por los profetas; y últimamente en estos días nos ha hablado por su Hijo. (Hebr. c. i., v. 1.) Así, si “Dios, Señor, dominador, misericordioso y clemente, sufridor, de mucha misericordia y verídico, que guarda misericordia sobre millares; que quita la iniquidad, las maldades y los pecados, y en cuya

* (Dict. crit. art. Brutus).

presencia ninguno hay que por sí sea inocente," (Exod. xxxiv. v. 6.), ha hablado, cierto es que existe el Dios de que los míseros mortales tienen necesidad.

Quizá parecerá á D. Fidel que esta argumentacion es de ningun valor para un Ateo, puesto que no creyendo que Dios existe de modo alguno, no puede admitir que haya hablado, ó hecho, de cualquier manera que sea, una revelacion ó manifestacion de sí mismo ó de sus atributos. En efecto ; pero véase la diferencia que hay entre su argumentacion y la nuestra. El Ateo dice : Dios no existe, luego no nos ha hablado. Nosotros decimos : Dios ha hablado, luego existe. De cada respectivo antecedente de estas dos argumentaciones, se deduce legitimamente cada respectiva consecuencia. La diferencia está, en que el antecedente del Ateo, *Dios no existe*, es incapaz de prueba directa y positiva, puesto que el admitir la Naturaleza, como increada y eterna, es solo porque no encuentra razon para creerla criada, no encontrándola para admitir un criador distinto de ella. Es verdad que, "el necio dijo (no en su entendimiento) en su corazon : No hay Dios" (Salm. xiv.) ; mas el Ateo que no es inmoral, y escucha lo que cree su razon, no dice sino : no encuentro prueba suficiente para creer que le haya. Así estamos en nuestro derecho de no admitir su consecuencia, hasta que pueda sentar con prueba satisfactoria y positiva que no le hay. Lo mismo tiene derecho para exigir de nosotros el Ateo ; mas no nos hallamos en la imposibilidad que él, porque nuestro antecedente, *Dios ha hablado*, propone una materia de hecho ; y en las ciencias humanas, hay reglas seguras para cerciorarse de la verdad de los hechos, sean presentes sean pasados. Hay una verdad histórica, cuya demostracion no puede desechar ningun entendimiento bien constituido. Le remitimos para prueba de nuestro antecedente al Evangelio : allí se contiene el testimonio de Dios. Los que nos trasmitieron esta historia vivieron y conversaron con uno que bajó del cielo, no para hacer su voluntad, sino la de aquel que le envió. El habló de Dios, de sus atributos, de sus designios para con nosotros, y en confirmacion de lo que decia, mostró que podía disponer á su voluntad y con el poder de su palabra, de la Naturaleza y de las leyes con que se rige. Ninguno puede hacer esto, sino el que la formó y le dió esas leyes. Luego Dios ha hablado y conversado con los hombres ; y el hombre tiene medios para cerciorarse de ello : de consiguiente Dios existe. Lo menos menos que podemos exigir de D. Fidel al hacer el exámen de la verdad histórica del Evangelio, es que le haga con atencion é imparcialidad. Un libro que ha merecido la veneracion de Pascal, Neuton, y Leipnitz, no es indigno del respeto del mas estimado filósofo. Encargámosle sobre todo, que se guarde de juzgar de ligero.

LO QUE ES JUZGAR DE LIGERO.

CUALQUIERA de los Españoles sabe lo que en su lengua quiere decir *juzgar de ligero*. Se dice esto de aquel que sin haber meditado y profundizado bien una materia importante, se deja llevar de la primera impresion, y no se detiene en pronunciar un juicio decisivo sobre ella, pasando adelante, sin que le ocurra ni aun la sospecha de que quizá no ha pesado bien todas las circunstancias, que en dicha materia merecen consideracion. En esta falta creemos nosotros que ha incurrido el autor de las observaciones contra la idea de un Dios Criador; y en esta misma creemos que incurren muchos, que creyendo en Dios, desechan las santas Escrituras como revelacion ó manifestacion de su carácter y atributos. Un ejemplo muy notable de esta ligereza nos dió en cierta ocasion una persona con motivo de un pasaje del Nuevo Testamento, de que nos habló, como para justificar el poco gusto que hallaba en dedicarse á esta lectura. ¿Cómo, decia, se han de leer con gusto escritos, en que se encuentran á cada paso trozos semejantes á los primeros versículos del capítulo primero de la 2ª Epístola de S. Pedro? En ellos pretende el autor exortar á la práctica de las virtudes cristianas, y nos hace una enumeracion de ellas, que no tiene, como suele decirse, ni piés ni cabeza. La fé, la virtud, la ciencia, la templanza, la paciencia, la piedad, el amor fraternal, y la caridad, son, segun el autor de la epístola, las gradas que sucesivamente nos han de ir subiendo al alto grado de la perfeccion cristiana. Que el menos esperto considere esta gradacion, y verá que aquí no hay mas que una indigesta aglomeracion de ideas, amontonadas sin orden y sin concierto: que en ellas no se advierte la menor sombra de analogia, ni orden lógico en su expresion; de modo que no se vé de que modo se pase, ó se deba pasar, de una á otra, para que recorrida esa arbitraria é inconexa serie, se llegue á un resultado único, que constituya la perfeccion moral del hombre, segun el espíritu del Evangelio. “Juntad, dice, á la fé virtud, y á la virtud ciencia.” Así pues, se puede tener fé y virtud en la mas completa ignorancia, puesto que la ciencia viene despues. A mas ¿Es acaso la ciencia una virtud cristiana? Y ¿si se ha dicho ya que añadamos á la fé la virtud, á qué viene el añadir despues de la ciencia, la templanza y la paciencia? ¿No son estas virtudes? O ¿qué tienen de particular ó escelente sobre las demas, para que de ellas se haga mencion espresa? ¿Podrá el autor decirme por que vínculo se une la ciencia á la templanza, ó que connexion hay entre la templanza y la paciencia? Obsérvese tambien que pone á la caridad en el último escalon; y sin embargo, á cualquier cristiano que se consulte, se tendrá por respuesta que la caridad es el alma de todas las virtudes, cuando, segun este apóstol, parece que podemos tener todas las virtudes antes de tener la caridad. Lo que hay en esto es que el contenido de la carta, el estilo, los conceptos, todo está indicando que es obra de un ignorante, que ni tenia ideas netas de las cosas, ni sabia explicarlas como conviene. Habia oido, ó tenia entendido que virtud, ciencia, templanza, paciencia, &c., &c., son

cosas excelentes, y él las aglomera todas unas tras otras, segun le han ocurrido á la memoria, sin el menor discernimiento. No se podrá hacer creer á ningun pensador, que escritos de esta clase contienen el pensamiento de Dios, la revelacion, ó manifestacion que de sí mismo y de su carácter hace al género humano; ni esperar que encuentre gusto en leerlos.

Eso sí que es, le contestamos, lo que se llama juzgar de ligero los escritos, que V. tal vez ha leído de pasada, y quizá por la primera vez. Sin embargo, no nos pesa el que esos reparos que V. les pone, los tenga por una prueba de que un escrito semejante no puede ser inspirado por el Espíritu de Dios; porque en buena lógica, si despues de examinado como corresponde ese mismo pasage, se halla que, á pesar de ser de un hombre del comun del pueblo, rudo, y sin ningunas letras, de quien no se podia esperar, ni orden lógico en las ideas, ni exactitud ni acierto en la expresion, tiene todo eso, y á tal punto que no haya mas que pedir; y en tal forma, que si se cambia de lugar una sola palabra de esa que V. llama gradacion, allí se comete un defecto contra el verdadero orden lógico de las ideas, deberá V. tener esa circunstancia, si no por una razon concluyente del todo, á lo menos por una gran probabilidad de que la creencia del cristiano, que recibe esos escritos como inspirados por el Espíritu de Dios, no carece de fundamento, aunque, lo que no es, no hubiera mas que ese. Para que pueda V. hacer conmigo este exámen, es bueno tener á la vista el pasage: véale V. aquí:

“Simon Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, á los que alcanzaron igual fé con nosotros en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo. Gracia y paz cumplida sea á vosotros en el conocimiento de Dios, y de Jesucristo nuestro Señor.

“Como todas las cosas que miran á la vida y á la piedad nos han sido dadas de la divina potencia, por el conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y virtud, por el cual nos ha dado muy grandes y preciosas promesas, para que por ellas seais hechos participantes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupcion de la concupiscencia que hay en el mundo; vosotros, pues, aplicando todo cuidado, juntad á vuestra fé virtud, y á la virtud ciencia, y á la ciencia templanza, y á la templanza paciencia, y á la paciencia piedad, y á la piedad amor de vuestros hermanos, y al amor de vuestros hermanos caridad.”

Advierta V. que el pasage esta dividido en dos partes. En la primera y en primer lugar, se anuncia el autor de la epístola con los títulos que le autorizan á escribirla: en segundo, se mencionan las personas á quienes escribe, con los que estas tienen á la solicitud que por ellas muestra; y en tercero, viene la expresion de la buena voluntad del autor para con las personas por quienes se muestra solícito. El autor se anuncia con su simple nombre: Dios no mira la apariencia de las personas. La ambicion, ó el deseo de la gloria que viene del mundo, inventó despues los títulos de Príncipe de los apóstoles, Cabeza de la Iglesia, &c.; pero el autor de la epístola, Simon Pedro, no fué nunca mas que siervo ó servidor de Jesucristo, y enviado (apóstol) por él para servicio de sus iguales, los demas

cristianos, que por lo mismo caracteriza como participantes de igual fé que él, en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo; y á quienes por lo mismo desea gracia y paz cumplida en el conocimiento del mismo Dios y Señor. Nada hay aquí que no sea muy sencillo, muy natural, y muy proporcionado para grangearse la atencion y la benevolencia de los que han de escucharle.

En la segunda parte del pasaje se contiene una exortacion del apóstol, y una breve indicacion de la conducta que han de tener aquellos á quienes se dirige, en las difíciles y afflictivas circunstancias en que se hallaban, y en que, en mayor ó menor grado se han de hallar cuantos fiel y sinceramente quieran vivir de un modo, que no desdiga de aquel con que debe vivir un fiel discípulo del Señor. Escribe á cristianos que la persecucion habia dispersado por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia. No les escribe para enseñarles lo que han de hacer para ser cristianos, puesto que ya los supone con una fé igual á la suya, sino para que se conduzcan como tales. Empieza por el fundamento de la serie de disposiciones que deben hallarse en ellos, si se han de mostrar dignos de la vocacion á que habian sido llamados. Les recuerda lo que por pura gracia, y favor divino, sin mérito alguno de su parte, les habia sido liberalmente dado; porque esto solo habia de ser, esto solo podia ser, razon suficiente, y motivo eficaz para que se condujesen bien, y practicasen con amor y buena voluntad aquello que iba á exigirse de ellos. Les hace memoria de que el poder divino les habia dado todas las cosas pertenecientes á la vida y á la piedad, y por qué medio habian tenido todo eso; á saber, por el conocimiento de aquel que los llamó por su poder glorioso. "Nadie sabe quien es el Hijo, sino el Padre; ni quien es el Padre, sino el Hijo, y aquel á quien lo quisiere revelar el Hijo," tiene dicho el Señor mismo, (S. Luc. c. 10. v. 22): y ellos eran del número de aquellos á quienes el Hijo, en quien habian creído, habia hecho esta doble manifestacion, habia dado conocimiento del Padre y del Hijo. Como tenian fé en él y creian su palabra, conocian á Dios como á padre, y sabian que Dios es Amor; y conociendo así al Padre y al Hijo, sabian igualmente que en este conocimiento tenian vida eterna. "Esta es la vida eterna, dice el Señor hablando con su Padre, que te conozcan á tí solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviaste." (S. Mar. c. 17. v. 3.)

Les trae á la memoria que les habian sido hechas grandes y preciosas promesas, mediante las cuales habian sido hechos participantes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupcion de la concupiscencia que hay en el mundo.—Vea V. ahí, nos interrumpió nuestro crítico al oir esto, una cosa bien extraordinaria. ¿Cómo puede ser que una promesa, por grande y preciosa que sea, y por creída que la tengamos, nos haga participantes de la naturaleza divina?—Cómo! le respondimos, haciéndonos huir de la corrupcion, del mal, que en el mundo reina; indicacion que se encuentra en el pasaje mismo. De seguro que la promesa no nos hará dioses, ni Omnipotentes, ú Omniscientes, por ejemplo; mas nos hará Santos, atributo de que Dios hace especial ostentacion en las Santas Escrituras, y á que particularmente llama á sus hijos." Escrito está, dice el mismo apóstol, Santos sereis, porque

yo soy Santo." (1ª. Epist. c. 1. v. 16.) Quizá no entenderá V. tampoco de qué modo las promesas recibidas nos han de hacer santos ; pero advierta V. que *Santo* no quiere decir personaje que hace milagros, ó que se azota, se atormenta, duerme sobre una cama de espinas, ó hace algunas de las innumerables, ridículas ó bárbaras locuras, de que están llenas las extravagantes historias, que en lugar del Evangelio, se han puesto en manos de los Cristianos con el título de vidas de los santos. *Santo* quiere decir *segregado, separado del mal* ; y cada uno de aquellos que han creído de corazón en el Hijo de Dios, y que de consiguiente han recibido sus grandes y preciosas promesas, en virtud de la fé viva en ellas, se separan para Dios, de la corrupcion del mundo, de la ambicion, de la avaricia, de la gloria vana, de los deseos mundanos, cosas todas que como perecederas, son impropias é indignas de los que son llamados á la posesion de todos los bienes, á la gloria, al honor y á la inmortalidad en un mundo mejor. A esto habian sido llamados aquellos á quienes escribe S. Pedro, y su vocacion era digna de que por ella hiciesen el sacrificio de todos los bienes de este siglo, para lo cual les habian sido dadas aquellas preciosas promesas y fé en ellas, desde que les fué dado el creer en el Hijo de Dios. Recuérdales el apóstol lo que gratuitamente les habia sido dado, para que de buena voluntad, y no por miedo ó interés, obrasen lo que de ellos se esperaba. La moral del mundo dice á los suyos : sed justos, tolerantes, compasivos con los otros ; para que los otros lo sean con vosotros á su vez ; porque se contenta con la obediencia del egoísta, que hace el bien por cálculo. El Evangelio pervertido dice á los que por él han sido seducidos : sed justos, equitativos, dad limosnas, ayunad, mortificáos, porque si no lo haceis así, el infierno está ahí, y la cólera de Dios en él ; porque se contenta con la obediencia del esclavo, que obra por miedo del látigo. La moral del Evangelio puro y neto dice á los Cristianos : sed justos, compasivos, misericordiosos ; separáos del mal, haced el bien en todo, porque eso es lo que agrada á vuestro Padre celestial, que es tambien justo, y misericordioso con todos ; amad á Dios y haced con gusto su voluntad, no para que él os ame y os perdone, sino porque ya os amó y os perdonó, y os ama, y os perdona para siempre. Así es que el Evangelio nos tiene declarado, que la caridad ó amor que Dios nos tiene está, no en que nosotros hayamos amado á Dios, sino en que él nos amó primero á nosotros, (1ª. de S. Juan. c. 4. v. 10) : por eso puede exigir de nosotros, y exige la obediencia de hijos, la obediencia que es propia de hombres libres, á quienes repugna toda compulsion ó miedo. Este es el Evangelio que habia aprendido S. Pedro, esta es la obediencia á que exortaba á aquellos á quienes escribía, y por eso les recuerda, como antecedente eficaz para que la presten, las grandes y preciosas promesas, que ya habian recibido, y tenian aseguradas bajo la garantia de la indefectible palabra de su Dios y Padre.

"Vosotros, pues, aplicando todo cuidado, juntad á vuestra fé virtud," continua el apóstol, como si les dijera : supuesto que ya por la fé que os ha sido dada, estais seguros de tan grandes y preciosas promesas, y que sabeis que en Dios, que os las ha hecho, no hay mudanza ni sombra de variacion, (Santiag. c. 1. v. 17) : que en su

palabra se os tiene declarado que, sea mundo, sea vida, sean cosas presentes, sean cosas por venir, todo es vuestro, (1^a. Corint. c. 3. v. 22,) y que podeis desafiár, sea á muerte, sea á vida, sea á ángeles, sea á potestades presentes ó futuras, sea á cualquiera otra criatura, que os aparte del amor que Dios os ha manifestado en Jesucristo, (Roman. c. 8. v. 38), de vuestra parte se espera ahora que tengais virtud, esto es, ánimo, fuerza, valor para obrar, y sobretodo para sufrir, á lo que ahora y casi siempre en mas ó menos grado sereis llamados. *Virtud* viene de *vir*, varon, cualidad propia de varon, que es la fuerza, el aliento para obrar, y esta es su significacion propia; y no es culpa nuestra, ó del Evangelio, si á V., al oír esta palabra, le viene á la idea el oír misa entera ó media, ó el asistir á una procesion con un cirio en la mano, que nuestras gentes cuentan muy particularmente en el número de las virtudes. S. Pedro, supuestos los antecedentes que les recuerda, les exorta con razon y fundamento suficiente al valor; bien diferente de los moralistas del mundo, que tambien ordenan la virtud, pero sin razon eficaz que haga practicarla en todos casos. El Cristiano será alguna vez llamado á presentar la otra mejilla, al que ya le hubiere injustamente herido en la una; y es razon suficiente para que tenga ánimo para someterse con una resignacion no fingida á este ultraje, el saber que esa es por ahora la voluntad de su Padre, quien para despues le tiene asegurada una corona de gloria, que no puede marchitarse, (1^a. de S. Pedro c. 5. v. 4.)

“A la virtud juntad ciencia,” continúa el apóstol, quien de seguro no entiende por esa palabra, ni la Filosofia ni las Matemáticas. *Ciencia*, en el que obra es conocimiento de lo que hace, discernimiento, prudencia en el empleo de esa fuerza ó valor con que es invitado á obrar. Y vea V. cuan oportuna es esta advertencia del apóstol de añadir á la virtud ciencia. Una de las manifestaciones mas naturales de la fuerza ó valor con que el cristiano es invitado á obrar, es lo que se llama *celo*, esto es, prontitud y fervor en desempeñar sus deberes, y sobretodo en promover la gloria de su Señor y Maestro. Mas este celo, ó fuerza y vigor, así empleado, ha tenido siempre el escollo de obrar á ciegas, sin discernimiento. Esto vituperaba el apóstol S. Pablo á sus compatriotas los Judíos cuando decia (Roman. c. 10. v. 2.): “Yo les doy testimonio que ellos tienen celo de Dios, mas no segun ciencia:” es decir, quieren emplearse con fuerza y vigor en promover el honor de Dios y la gloria de su ley, pero lo hacen sin discernimiento: aplauden lo que deberian detestar, y persiguen con furor, en los discípulos de Jesucristo, á los que con discernimiento y ciencia no buscan otra cosa, sino que Dios sea honrado y glorificado. Celo sin ciencia era tambien el de aquellos apóstoles que pedían al Señor, que hiciese bajar fuego del cielo, que consumiese aquella ciudad de Samaria que no habia querido recibirle (S. Luc. c. 9. v. 54); así es que el Señor les echa en cara su falta de ciencia, “No sabeis de que Espíritu sois” cuando los reprende. En virtud de ese mismo celo ó energia sin ciencia perseguían, ultrajaban y martirizaban nuestros antepasados á los Cristianos evangélicos, que con el nombre de protestantes, quemaba la Inquisicion en el siglo de la reforma, y ese celo hacia que, como los Judíos y Gentiles, pensasen que el que los mataba hacia servicio á

Dios ; pues S. Juan, (c. 16. v. 2. 3,) que les anunciaba esto les recuerda tambien que esto lo habian de hacer por falta de conocer al Padre y á Jesucristo. S. Pedro que sabe y conoce todo esto, no amontona ideas inconexas, sino que sigue, divinamente inspirado, el curso natural de ellas, cuando despues de haber exhortado á la virtud, el celo en el obrar, les advierte que á esta virtud ó energia añadan ciencia, conocimiento de lo que deben hacer, discernimiento en el modo de hacerlo ; ciencia que solo podian aprender en sus instrucciones, y en las que en el nombre del Señor les habian dado sus compañeros los otros apóstoles.

“Y á la ciencia añadid templanza,” les dice todavia con no menor oportunidad. La ciencia hincha, dice el apóstol S. Pablo, (1. á los Corint. c. 8. v. 1,) : y es cosa de que cualquiera puede cerciorarse, si consulta lo que la esperiencia ordinariamente enseña sobre el particular. El saber, el tener luces, y conocimiento de las cosas, discernimiento y prudencia para manejarlas, es un distintivo característico del hombre solo, en la creacion sublunar. Dios plantó en su corazon el deseo de conocer la verdad, y le dotó de facultades proporcionadas para buscarla, para alcanzarla, y ponerse en posesion de ella. Es este un privilegio tal, que el que mas le goza parece mas hombre, porque parece haber llenado mejor el objeto con que fué criado : así es que aun en el mundo, que no es siempre justo, no es raro el ver que se da mas gloria á un sabio pobre, que á un Príncipe que no se aventaja, sino en la posesion del poder y de las riquezas. Mas la degradacion de su estado normal, en que cayó el hombre por su desobediencia y rebeldia al Criador, hizo que en vez de emplear este privilegio en glorificar al que le concedió, le emplease muchas veces en glorificarse á sí mismo, é ingreirse sobre los demas y tenerlos en menos. Con el altivo pretesto, dice Rousseau, hablando de los filósofos, de que ellos solos son ilustrados, verídicos y de buena fé, someten á uno imperiosamente á sus irrevocables decisiones : y en otra parte : ¿ En dónde está el filósofo que por su gloria no engañaria de buena gana al género humano ? ¿ Dónde, el que en lo secreto de su corazon se proponga otro objeto que distinguirse ? Lo esencial es pensar de otro modo que los otros. Entre creyentes es Ateo ; entre Ateos seria creyente. Mucho antes que él habia ya dicho S. Pablo : “ Aunque conocieron á Dios, no le glorificaron como á Dios, ó dieron gracias : antes se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su corazon insensato : porque teniéndose ellos por sabios, se hicieron necios.” (Roman. c. 1. v. 21.) No podemos dudar que S. Pedro conociese los escollos de la ciencia, y que á veces nos espone á querer aventajarnos á los demas y dominarlos, si nos vemos mas instruidos que ellos ; y por eso quiere que los cristianos que están bien instruidos en el conocimiento de Dios, y en la ciencia de la religion, sean aun en esto templados, es decir, que se conduzcan con moderacion. No suponemos que piense Vm. que la templanza significa solamente la sobriedad, ó moderacion en el comer y en el beber. *Templanza* viene del latino *tempero*, que significa tambien moderar, reglar, calmar, hacer las cosas á tiempo, con regla y medida. De modo que lo que aconseja aquí al que ha recibido ya el don de fortaleza (virtud), y que hace uso de la

energia y celo, que de él le viene, con conocimiento de lo que hace (ciencia) es que se conduzca en todo esto con moderacion, tolerando, condescendiendo y teniendo cuenta no solo con las personas, sino tambien con los tiempos y lugares. El apóstol no hace aquí mas que indicar esto. Santiago habla mas espresamente de ello en su epístola, (c. 3. v. 13. &c.) cuando dice: “¿Quién es entre vosotros sabio é instruido? Muestre por la buena conversacion sus obras, en mansedumbre de sabiduria. Mas si teneis celo amargo, y reinaren contiendas en vuestros corazones, no es glorieis, ni seais mentirosos contra la verdad: porque esta sabiduria no es la que descende de arriba; sino terrena, animal, diabólica. . . . Mas la sabiduria que descende de arriba, primeramente es casta, despues pacífica, modesta, dócil, que se acomoda á lo bueno, llena de misericordia y de buenos frutos, no juzgadora ni fingida.”

Y no piense Vm. que el haber olvidado esto los cristianos instruidos en la religion, ha sido causa de pocos males en la Iglesia. Ya en tiempo de S. Pablo algunos mas instruidos en la libertad que da el Evangelio, no querian tolerar á otros que, como mas flacos en la fé, se mostraban mas adheridos á ciertas prácticas ú observancias, de que el Evangelio no les hacia una obligacion. “Al que es mas flaco en la fé, dice el Apóstol (Roman. c. xiv. v. 1) sobrellevaldo, no en contestaciones de opiniones; porque uno crée que puede comer de todas cosas: mas el que es flaco no coma, sino legumbres. El que come no desprecie al que no come; y el que no come no juzgue al que come. ¿Quién eres tú que juzgas al siervo ageno? . . . Uno hace diferencia entre dia y dia; y otro considera iguales todos los dias: cada uno abunde en su sentido.” El ser mas sabio, ó instruido en la religion, que los otros, no habia de servirle para ensalzarse tanto sobre ellos, que quisiese no solo tenerlos en menos y despreciarlos, sino aun dominarlos, y hacerles adoptar, aun á la fuerza, sus opiniones. El clero es el que llevó este orgullo de la ciencia á un extremo inaudito. Creyéndose él solo, bajo el usurpado nombre de Iglesia, el instruido en las materias de fé y religion, y en consecuencia el solo á quien fuese dado el abrir la boca en la Iglesia, llegó á llenarse tanto de este falso celo, y de esta sabiduria mundana y diabólica, como la llamó Santiago, que para que no hubiese la menor apariencia de oposicion á sus irrevocables decisiones, inventó, aprobó y sostuvo la Inquisicion, con todo su abominable séquito de procedimientos públicos y clandestinos, que es cuanto ha podido abortar el genio del mal para deshonor de la obra de gracia, que vino hacer el Señor en la tierra. S. Pedro obró, pues, como inspirado del Espíritu de Dios, exortando á los cristianos á que al fervor y celo con que promoviesen los intereses de su Señor añadiesen la ciencia, y á esta templanza, moderacion, y mansedumbre, de modo que aun el mas instruido no se crea exento de que alguna vez pueda aplicársele la sentencia del apóstol S. Pablo: “Si alguno crée saber algo, aun no ha conocido de qué manera le convenga saber.” (1^a. Corint. c. 8. v. 2.)

Ya veo, dijo nuestro interlocutor, que S. Pedro procedió muy con-
siguiente en todo eso: ¿mas á qué viene ahora esa llamada á la
paciencia? Aunque por la palabra *paciencia*, le respondimos, no se

entendiera mas que el sufrir con resignacion los males de la vida, y la persecucion que entonces padecian aquellos á quienes escribia, ya habia motivo suficiente para que los exortase á la paciencia. Generalmente hablando, y segun lo que exigen las leyes de la estricta justicia, al ofendido le es lícito el exigir *ojo por ojo, y diente por diente*; mas, ¿ á qué otra cosa, sino á la paciencia, se podia exortar á aquellos, á quienes está prevenido por parte de su Señor: “no resistais al mal: antes si alguno te hiere en la mejilla derecha, párale tambien la otra?” (S. Mat. c. 5. v. 39.) Y no porque el Señor guste de que no se haga justicia, cosa imposible, siendo esencialmente justo; sino porque reserva para sí solo el hacerla, y el solo sabe como conviene hacerla. Por ahora ha resuelto tener misericordia del pecador en Jesucristo, y quiere que este sea tiempo de gracia; manda á los suyos, no solo que perdonen, sino aun que hagan bien á los que los aborrecen, persiguen y calumnian: “Para que seais, les dice, hijos de vuestro Padre que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos; y llueve sobre justos y pecadores.” (Ibid. v. 44.) Mas aquí la palabra *paciencia* significa tambien *aguardar sin inquietarse*, cosa que se espresa tambien en castellano, cuando del que lo hace así, decimos que *tiene paciencia*. Es cosa conocida que el que aguarda largo tiempo, poco á poco, ó gradualmente, va perdiendo la esperanza de ver venir lo que aguarda, se aflige y se inquieta; de lo cual ha venido el proverbio español que dice, *quien espera (aguarda) desespera*. A que no hagan eso, exorta S. Pedro á los cristianos, porque la venida de lo que esperaban, y la certeza de que habia de verificarse, estaba apoyada sobre la indefectible palabra de Dios mismo.—¿Y qué habian de esperar en aquellas circunstancias, nos dijo el crítico, sino la muerte?—No, Señor, le respondimos; al cristiano nunca se le ha dicho que aguarde la muerte, sino la venida de su Señor á coronarle, y á hacer justicia en la tierra. El mismo les tenia dicho: “En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; pues voy á aparejaros el lugar. Y si me fuere, y os aparejare lugar, *vendré otra vez*; y os tomaré á mí mismo, para que en donde yo estoy, esteis tambien vosotros.” (S. Marc. c. 14. v. 2.) El cumplimiento de esta indefectible promesa, es lo que deben esperar con paciencia: por eso dice S. Pablo á los Filipenses, (c. 3. v. 20.): “Nuestra morada está en los cielos; de donde tambien esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso.”

—Pues si eso esperaban, continuó nuestro interlocutor, larga la llevaban, puesto que todavía no ha venido.—No por eso, le respondimos, se llevaron chasco; antes, si durante su vida tuvieron que esperar con paciencia, la muerte les ahorró ese trabajo, puesto que los llevó el descanso de su Señor, en donde ahora esperan con él, sin necesidad de paciencia en la tribulacion, y sin inquietad ni pena, seguros de que: “El mismo Señor con mandato y con voz de Arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los que *murieron en Cristo* resucitarán los primeros.” (1^a á los Tesalon. c. 4. v. 15.) S. Pedro no ignoraba que á ellos, así como á los demas cristianos, que viven de la misma esperanza, se les diria como en tono irónico de

triunfo: “¿Dónde está la promesa ó *venida de él*? porque desde que los padres durmieron, todo permanece así como en el principio de la creación:” y por eso en esta misma epístola les dice, (c. 3), que un día delante del Señor es como mil años, y mil años como un día: que no retarda el Señor su promesa, como algunos piensan, sino que espera con paciencia por amor de los suyos, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se arrepientan. Dios no quiso que el tiempo preciso de esta venida fuese revelado. Cuando comiendo el Señor con sus discípulos congregados, les mandó que no se fuesen de Jerusalem, sino que esperasen allí la bajada del Espíritu Santo, “Entonces los que se habían congregado, le preguntaban diciendo: ¿Señor, restituirás en este tiempo el reino de Israel? El les dijo: No toca á vosotros saber los tiempos ó los momentos, que puso el Padre en su propio poder; mas recibireis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me sereis testigos en Jerusalem, y en toda la Judéa, y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra.” (Actos Apost. c. 1. v. 6, &c.) Con lo que están advertidos, todos, de que le esperen á cada hora y á cada momento, por lo mismo que no pueden á punto fijo señalarle. Esto les aconsejaba S. Pedro que hiciesen, con paciencia, esto es, sin inquietarse ni aflijirse, llenos de gozo y confianza en su infalible promesa. Y es muy consiguiente el apóstol en haber guardado hasta ahora el exórtar á esta paciencia, pues solo cuando, supuesta la fé y absoluta recepcion de las grandes y preciosas promesas que nos han sido hechas, mostramos energia y fervor en el servicio de nuestro Dios y Señor, hacemos esto con discernimiento y ciencia, y no olvidamos la templanza, moderacion y mansedumbre, de que deben ir acompañadas nuestras acciones, entonces es cuando, sirviendo al Dios vivo y verdadero, podemos sin inquietud, sin sobresalto, y sin que nos amedrenten los vaivenes del mundo, “esperar de los cielos á su Hijo Jesus, á quien resucitó de los muertos, el que nos libró de la ira que ha de venir,” (1^a á los Tesalon. c. 1. v. 10.): con lo cual, hasta el cumplimiento de esta nuestra esperanza, viviremos una vida de real piedad.

Esta es la causa por qué añade S. Pedro, despues de todo lo antedicho, la piedad: no porque con esta palabra quiera significar una disposicion particular distinta de las que anteceden. La palabra *piedad* viene del latin, y con ella significamos á veces la cualidad que nos hace piadosos, en el sentido de misericordiosos ó compasivos; y otras veces, la cualidad que hace pios, esto es, adictos al Señor, amantes de su ley, y fervorosos, prontos y diligentes en hacer su voluntad santa. Así con la palabra *piedad*, en este segundo sentido, representa el apóstol el tren habitual y constante de vida que deben llevar los que, en virtud de las grandes y preciosas promesas que han recibido, han de mostrar en toda virtud, ciencia, templanza y paciencia. No es decir esto que la piedad, en sentido de compasion, no venga aquí al caso; antes al contrario, solo los que se hallan con las disposiciones, que ya ha mencionado, pueden en realidad compadecerse del que, no creyendo ni esperando al Señor, que vendrá á ser glorificado en sus santos, y á hacerse maravilloso en todos los que creyeron (2^a á Tesalon. c. 1. v. 10), se priva voluntariamente de que el Señor le diga: “Porque has

guardado la palabra de *mi paciencia*, yo te guardaré de la hora de la tentacion que ha de venir sobre todo el mundo, para probar á los moradores de la tierra." (Apoc. c. 3. v. 10.) No quiere ademas S. Pedro que en esta vida de piedad, se olvide el cristiano de lo que debe á sus semejantes, y se lo recuerda finalmente en dos palabras: "á la piedad juntad amor de vuestros hermanos, y al amor de vuestros hermanos caridad:" con lo que concluye oportunamente el pasage, que tanto disgustó á V. y que ahora, me parece, no debe V. hallar tan descabellado.—Y ¿qué me dice V., replicó el crítico, de poner la caridad la última de todas esas disposiciones, que requiere en el cristiano?—Cuando la palabra *caridad*, significa el amor que el cristiano tiene á su Dios, quien le amó á él primero, no es la última de las disposiciones de que él debe hallarse revestido: ella va unida á la fé, de modo que esta obra por caridad, como se esplica S. Pablo (Galat. c. 5. v. 6.): y desde el momento que el autor de la epístola se dirige á personas, de quienes sabe, como dice al principio, que son participantes de la mismá fé que él, supone que habla á personas que, ya coman ya beban, ya hagan cualquiera otra cosa, todo lo hacen á gloria de Dios, (1ª Corint. c. 10. v. 31.), y por amor del que las amó. Mas ahora recordándoles lo que deben á los otros hombres, divide á estos en dos clases: la una, que abraza á los que son sus hermanos, esto es, miembros del cuerpo del Señor, ó de su Iglesia, cuya cabeza es él mismo: y la otra, que abraza a los que no lo son, por no haber creído en él, y que, por no haberlas aceptado, no han sido hechos participantes de las mismas grandes y preciosas promesas que los primeros. Por sus hermanos, les recomienda un amor especial, lo que á par de ser muy justo, es muy natural: con ellos tienen comunidad de sentimientos y comunidad de intereses, que no tienen con los demas: y de aquí nacen relaciones y deberes para con ellos, que, por la naturaleza misma de las cosas, no pueden tener con los otros. En cuanto á los demas hombres, les recomienda la caridad, ó amor universal: es decir, que con todos se muestren bondadosos, solícitos, compasivos y prontos á toda obra buena, y á emplearse de buena voluntad en servicio de todos. Ahí tiene V. Señor mío, el pasage que tanto le habia escandalizado. Lea V. la Biblia con la misma atencion con que hemos examinado este pasage, escudriñe V. así las Escrituras, y hallará que quien en ellas habla no es otro que el Dios que le ha criado, y que le invita á conocerle y amarle en Jesucristo, de quien ellas dan testimonio, para hacerle feliz.

DISCUSION AMISTOSA

DE UN PARROCO CON UNO DE SUS FELIGRESES, SOBRE EL DERECHO
QUE TIENE TODO HOMBRE A LEER Y ESTUDIAR
LAS SANTAS ESCRITURAS.

ARTICULO II°.

La Biblia es la sola revelacion de Dios : todo hombre tiene derecho de leerla.

Feligrés. Cuando digo que la Biblia es la sola revelacion de Dios, quiero decir que no podemos estar seguros de que las doctrinas, las promesas, ó las prácticas, fundadas en cualquiera otra cosa que no sea lo escrito en la Biblia, son doctrinas enseñadas por Dios, promesas hechas por Dios, ó prácticas mandadas por la ley de Dios. De consiguiente si uno quiere estar cierto de que abraza la verdad respecto de lo que debe creer, y de que obra bien, tocante á lo que ha de practicar, es necesario que busque en la Biblia las verdades que ha de creer ; y que estudie la ley, á que ha de someterse, en la Biblia, y en la Biblia exclusivamente.

Párroco. Pero, Señor mio, Dios se ha revelado tambien en otras partes ; podemos de consiguiente consultar ademas otras autoridades.

Felig. Es verdad : la creacion es tambien una revelacion de Dios, por la cual, “ las cosas de él invisibles se ven despues de la creacion del mundo, considerándolas por las obras criadas ; aun su virtud eterna y su divinidad.” (Roman. c. I. v. 20.) La razon humana puede igualmente ser considerada como una participacion de la razon eterna, que nos revela las perfecciones divinas, muchos de los desig-nios de Dios respecto de nosotros, y muchas relaciones que con él tenemos, como sus criaturas, obra propia suya ; pero la Biblia incluye estas dos revelaciones, y las confirma : nos hace conocer de Dios y de nosotros mismos otras muchas cosas que ni la creacion nos indica, ni á que hubiera podido llegar nuestra razon sin la revelacion de la Biblia. De donde se signe que no hay nada que nos sea revelado en otra parte, que no nos haya sido mejor y mas positivamente manifestado en la Biblia, y que esta puede ser considerada como la sola revelacion de Dios, á que debamos recurrir para ilustrar nuestra fé, y reglar nuestra conducta. Atenerse únicamente á lo que la creacion revela por medio de nuestra razon, seria contentarse con muy poco, y aun con gran riesgo de verse extraviado, porque nuestra razon sin la luz de la sagrada Escritura, es muy débil y muy incierta para decidir en estas materias. Por lo tanto fué necesario, Señor mio, que Dios hablase, y ademas, que su palabra fuese fijada en

un escrito, sin lo cual estaríamos igualmente en la incertidumbre y en la duda.

Parr. Yo convendré sin dificultad en que no debe considerarse como verdadera revelacion de Dios, sino la palabra de los apóstoles, que nos enseña lo que Jesucristo ha dicho y ha hecho, y que nos trasmite las doctrinas que ellos mismos han hecho llegar hasta nosotros; pero decir que para instruirse de eso no se debe recurrir, sino á la Biblia, supone que ha sido escrito todo lo que Jesucristo ha dicho y ha hecho, y que los apóstoles no han enseñado de viva voz algo mas que lo que nos han dejado en sus escritos; mas esta suposicion se halla desmentida en la Biblia misma. S. Juan nos dice en su evangelio que Jesus hizo tambien otros muchos milagros en presencia de sus discípulos, que no están escritos en su libro. S. Pablo escribiendo á los Tesalonicenses (ep. 2^a. c. 2. v. 14.), les dice: “Estad firmes, y conservad las tradiciones que aprendisteis, ó por palabra, ó por carta nuestra.” De consiguiente Jesucristo ha hecho mas que lo que de él se ha escrito; y de los apóstoles hay mas doctrinas que las que se contienen en sus escritos. Eso debe sin duda hallarse en otra parte; luego en otra parte tambien puede hallarse una revelacion de Dios ademas de la Biblia.

Felig. En primer lugar el pasage que V. cita de San Pablo prueba solamente que todo lo que él enseñó no se halla escrito en su carta á los Tesalonicenses; mas, quién ha dicho á V. que no se halla en las otras cartas del mismo, ó en las escritos de los demas apóstoles? Ademas, y en segundo lugar, es falso que para considerar á la Biblia como la sola revelacion de Dios que debamos consultar, sea necesario suponer que todas las cosas que Jesucristo dijo é hizo, así como todas las palabras que salieron de la boca de los apóstoles, hayan quedado en ella consignadas por escrito; porque basta suponer que se nos han trasmitido por escrito las bastantes de las cosas que hizo y dijo Jesucristo; y de las que hicieron y dijeron los apóstoles, las necesarias para que formásemos nuestra fé, y estuviésemos seguros de que nada esencial falta á nuestra instruccion religiosa. Eso es cabalmente lo que ha sucedido, como puede verse en la Biblia misma. Yo vuelvo al pasage de San Juan que V. ha citado. Despues de habernos dicho que Jesucristo hizo otros milagros, ademas de los que están escritos en su libro, en el versículo siguiente añade: “Mas estos han sido escritos, para que creais que Jesus es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengais vida en su nombre.” Ya ve V. Señor cura, que solamente con lo que se nos ha dejado escrito en el solo evangelio de San Juan, tenemos bastante para creer que Jesus es el Cristo, el Hijo de Dios, bastante para creer que en su nombre tenemos vida eterna. ¿Qué mas se necesita? Si aun hubiese yo asegurado que en el evangelio solo de San Juan tenemos bastante para formar nuestra fé; ¿qué razon sólida hubiera V. podido oponer á mi asercion? Pues ¿cual podrá V. oponerme ahora, que estiendo eso á toda la Biblia, en donde se nos han dejado tan abundantes instrucciones? Ya no me admiro de que Tertuliano diga: *Adoro la plenitud de las Escrituras*; pues en verdad son no solo suficientes, sino plenamente suficientes para instruirnos en aquella doctrina, que puede hacer

que “el hombre de Dios sea perfecto, y esté prevenido para toda obra buena.” (2ª á Timot. c. 3. v. 17.) La misma consecuencia podemos sacar del principio del libro de los Hechos de los apóstoles, en donde San Lucas nos dice:—“He hablado, O Théófilo, en mi primer discurso de todas las cosas que Jesus comenzó á hacer y enseñar, hasta el día en que, despues de haber instruido por el Espíritu Santo á los apóstoles que habia escogido, fué recibido arriba.” Considerando esta declaracion; creeria V. todavia que en el evangelio de San Lucas, que es su primer discurso, falta para nuestra instruccion alguna cosa esencial, de las que Jesus hizo y enseñó?

Parr. Ya se entiende bien que San Juan y San Lucas, como historiadores, hayan escrito de los hechos importantes de Jesucristo, cuantos nos sea necesario conocer; mas las instrucciones dadas á la Iglesia por los apóstoles, como doctores de ella, son todas importantes; y ningun argumento puede convencerme de que todas estas instrucciones nos hayan sido transmitidas en sus escritos.

Felig. No hay duda en que las instrucciones de los apóstoles han sido importantes; pero no lo han sido todas para toda la Iglesia universal. Es probable que habrán mandado ciertas cosas á alguna Iglesia particular, que no habrá tenido sino para ella sola una importancia, por decirlo así, de circunstancia. San Pablo, por ejemplo, escribiendo á los Corintios, entre los cuales habia algunos abusos relativos al modo de celebrar la Santa Cena, les prescribe en el cap. 11º de su 1ª epístola, algunas cosas importantes, y les da consejos de que toda la Iglesia universal puede aprovecharse; mas termina este mismo capítulo con estas palabras: “Las demas cosas las ordenaré, cuando viniere.” Es de consiguiente probable que cuando se vió en medio de ellos ordenaria ó reglaria algunas cosas que no están escritas, pero que no tendrian importancia, sino atendida la posicion y circunstancias particulares de aquella Iglesia. V. piensa que no hay razon alguna que pueda persuadirnos de que nada importante ha quedado sin estar escrito; mas á mí me parece que solo el sentido comun basta para hacernos creer, que los apóstoles no han dejado nada de importante para la Iglesia universal, fiado á la simple memoria. Jesucristo no lo hizo respecto de ellos; ¿por qué lo habian de haber hecho ellos respecto de los demas fieles? Jesucristo, que no les escribió, les hizo la promesa de una asistencia especial del Espíritu Santo, que les recordaria todo aquello que él les hubiese dicho. (S. Juan. c. 14. v. 26.) Es indudable que de este modo no tenian necesidad de que les dejase un escrito; pero no ha entrado en el plan ni en las miras del Señor, el hacer infalible del mismo modo la memoria del resto de los fieles: ha sido pues necesario escribir las doctrinas para que sin alteracion pudiesen pasar á las generaciones futuras. “Tendré cuidado, dice S. Pedro (2ª. épist. c. 1. v. 15.), á los cristianos á quienes escribe, que aun despues de mi fallecimiento podais vosotros tener memoria de estas cosas:” ¿y de qué modo? ¿No es evidente que en esto les anuncia que en sus escritos, y en los de sus compañeros de apostolado, les serán fijadas, de manera que para ellos sean una antocha para sus piés, y una luz para sus sendas?

(Salm. 118. v. 105.) San Pablo anuncia aun mas claramente esta intencion á los Romanos (Rom. c. 15. v. 15): "No obstante, hermanos, les dice, os he escrito con alguna osadía, como trayéndoos esto á la memoria, á causa de la gracia que á mí me es dada de Dios." Estas recomendaciones de los apóstoles: "No os dejeis sacar de camino por doctrinas varias y peregrinas." (Hebr. c. 13. v. 9.) "Lo que oisteis desde el principio permanezca en vosotros," (1^a de S. Juan. c. 2. v. 9.), y otras semejantes, suponen un cuerpo de doctrina escrita que se pueda consultar, y por la cual se pueda juzgar cuales son las doctrinas que se han de conservar, y cuales las que hay que desechar. Por otra parte, como dice S. Pablo (Rom. c. 15. v. 4.) "todo lo que está escrito, para nuestra instruccion ha sido escrito," los apóstoles de consiguiente para nuestra instruccion han escrito tambien. Ahora pregunto yo, Señor Cura, si es posible que escribiendo con esa intencion, hubiesen dejado alguna cosa esencial ó importante sin escribir. El mismo apóstol dice á los Filipenses (Filip. c. 3. v. 1.): "A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y es necesario para vosotros." Vea V. ahora, si repitiendo muchas veces las mismas cosas, hubieran querido dejar alguna importante sin escribirla al menos una vez: en fin, si empleando á veces un capítulo entero en meras salutations para los simples fieles, hubiera omitido alguna cosa esencial que no pudiera hallarse, ni en sus escritos, ni en los de sus otros compañeros. Eso no es de temer, Señor mio, porque si tal hubiese, no hubieran ellos sido instructores fieles, cuando esa es cabalmente la principal cualidad que ellos requieren en los dispensadores de la palabra de Dios, á saber, que sean hallados fieles. (1^a Corint. c. 4. v. 2.)

Parr. La cosa, sin embargo, no debe de ser muy clara, porque si tal fuese, no necesitaria V. de tantas reflexiones para probarla.

Felig. Tantas reflexiones, dice V. ! ¿ Quiere V. hacer una sola, prestándole toda la atencion que merece ? Dígame V. ¿ Créa V. que en la santa Escritura se nos enseña lo bastante para conocer á Dios, su poder, su justicia, y su misericordia para con nosotros ; para conocer á Jesucristo como Hijo de Dios, y la obra de su amor, nuestra redencion por su sacrificio ?

Parr. Sí, sí, de seguro.

Felig. Pues oiga V. á Jesucristo mismo, que dice, (S. Juan. c. 17. v. 3) ; "Esta es la vida eterna: que te conozcan á tí solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien enviaste." ¿ Hay hombre alguno que pueda razonablemente pedir mas que aquello en que esencialmente consiste la vida eterna ?

Parr. Mas contra hechos no hay argumento que valga. Hay cosas que no están escritas en la Biblia, y sin embargo han sido enseñadas y practicadas por los apóstoles, y que han llegado hasta nosotros por la tradicion. No necesito citar ninguna en particular: V. conoce varias.

Felig. Sin duda que V. no habla de cosas llegadas hasta nosotros por simples oidas, sin que se hallen escritas en parte alguna, porque en tal caso, ¿ quién podria estar seguro de la verdad de lo que á nosotros no hubiese llegado, sino de oidas ?

Parr. No Señor, yo hablo de tradiciones escritas, mas en otra parte que la Biblia ; en los escritos de los santos Padres por ejemplo, ó en otros escritores de los primeros siglos.

Felig. Pues en ese caso tambien, aun soponiendo que alguna doctrina importante se hubiese hallado en escritos posteriores á los de los apóstoles, como esos escritos no tienen para nosotros la autoridad infalible de los hombres inspirados de Dios, estariamos en libertad de recibir ó no recibir lo que en ellos se nos enseñase, segun que lo hallásemos ó no, conforme á lo que los apóstoles enseñaron : de aquí resultaria igualmente que para nosotros la sola verdadera revelacion de Dios seria en todo caso la Biblia, y que no estariamos obligados á consultar otra.

Parr. Sin embargo, Señor mio, el santo concilio de Trento, que representa la Iglesia universal, se explica así : “ El santo concilio, siguiendo el ejemplo de los Padres ortodoxos, recibe los libros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento . . . así como las tradiciones . . . y las abraza con igual respecto é igual piedad.” (Ses. 4ª.)

Felig. Sin decir ahora nada sobre lo que representa ó no representa el concilio de Trento, haré á V. observar solamente que mi deber, así como el de cualquier cristiano, es protestar contra la irreverencia que en él se hace á la Palabra de Dios, igualándola con las obras de los hombres : despues, hacer lo mismo en nombre de los Padres ortodoxos, contra la acusacion de haber ellos cometido la misma irreverencia. S. Agustin, que era sin duda uno de los Padres ortodoxos, se explica así : “ Los libros canónicos son los solos que yo recibo en términos de creer muy firmemente, que sus autores no han podido engañarse en nada. En cuanto á los otros escritores, por distinguidos que sean por su piedad y sus luces, no es para mí una ley, cuando los leo, el juzgar que es verdad cuanto dicen, porque ellos lo han creído así ; sino que solo doy mi asenso, cuando las autoridades de los libros santos en que apoyan sus opiniones, me persuaden que estas son conformes á la verdad. Estoy cierto que esta es la regla que vos seguís así como nosotros.” (San. Agust. cart. á S. Jerónimo.) En otra parte dice tambien : “ Puede el lector desechar de los libros, de donde se saca la tradicion, cuanto le agradare ; no está obligado á creerlo, si no se le prueba que ello se halla en la palabra de Dios : y no puede censurársele porque no quiera someterse á lo que se le propone, si no se halla en aquella palabra.” (S. Agust. contr. Faust. lib. 2. c. 5.) San Jerónimo, que es tambien uno de los Padres ortodoxos, dice : “ Yo pongo á los apóstoles en muy diferente categoría, que á los escritores que les han sucedido. Todo lo que dicen los primeros es cierto ; los últimos yerran en varias cosas, puesto que son hombres.” (S. Jeron. cart. á Theoph.) Tertuliano, Padre ortodoxo tambien, dice : “ Una vez que hemos oído á Jesucristo, no nos queda ya curiosidad alguna : despues del Evangelio, no nos permitimos mas investigaciones. Nada mas queremos creer ; y aun pensamos que no hay que creer nada mas.” (Tertul. de Præscrip. cap. 8.) San Basilio, otro Padre ortodoxo, nos da por regla que, “ cada cual debe sacar de la Palabra Santa las verdades que le son necesarias, tanto para hacer nuevos progresos en la piedad, como para no dejarse llevar por el flujo de las tradiciones

humanas" (S. Basil. regl. abrev. resp. á la 95ª. cuestion): y en otra parte: "Si todo lo que no viene de la fé es pecado, como dice el apóstol; si la fé viene de lo que se oye, y el oír supone la Palabra de Dios, síguese que todo lo que se halla fuera de la Escritura, no viniendo de la fé, es pecado." (S. Basil. in moral. reg. 8º.) Además S. Cirilo: "Vana es cualquiera doctrina que os fuere presentada, si explicitamente no está sacada del Antiguo ó del Nuevo Testamento."*
Vea V. ahora de qué modo ha seguido el concilio el ejemplo de los Padres ortodoxos.

Parr. ¿Pues qué hemos de hacer de los escritos de los santos Padres? Ello es cierto que también han recomendado las tradiciones.

Felig. Ante todo es menester que observemos que frecuentemente no entienden los Padres por tradición, sino las cosas mismas contenidas en la Escritura. S. Ireneo dice que varias naciones bárbaras que tenían la fé de Jesucristo, "conservaban la antigua tradición, creyendo en un solo Dios, que hizo el cielo y la tierra, y cuanto en ellos se contiene, por Jesucristo Hijo de Dios; el cual á causa de su grande amor hacía sus criaturas, quiso nacer de una vírgen, uniendo por sí mismo el hombre á Dios, que padeció bajo Poncio Pilato, que resucitó, que fué recibido en gloria, y que debe venir un día como Salvador de aquellos á quienes rescató, y como Juez de los otros." (Iren. lib. 3. c. 4.) En verdad, señor mío, que se pueden recibir sin miedo semejantes tradiciones, puesto que no son mas que las doctrinas mismas de las santas Escrituras. Mas si entienden cualquiera otra cosa por las tradiciones que recomiendan, en ese caso seguiremos sus propios consejos. Escucharemos á S. Cirilo, que nos dice: "No creais de ningún modo á mi simple palabra, si de la sagrada Escritura no recibís la demostración de lo que yo enseño," (Ciril. 4ª. catech.): consideraremos lo que nos dice S. Ambrosio: "Yo miro como una gracia el que quien lee mis obras me comunique las dudas que pueda tener sobre mis opiniones; pues aun en aquello mismo que creo saber muy bien, puedo error:"† en fin procuraremos seguir el consejo de S. Basilio á una señora: "si sabeis buscar en la Escritura los auxilios que ella os ofrece, ni de mí ni de nadie tendreis necesidad para conduciros: la luz del Espíritu Santo tendreis, que os ilumine, es decir, que bebereis en el manantial mismo de la luz." (S. Basil. carta á una Señora.) Qué dice V. á eso?

Parr. Que los santos Padres eran humildes discípulos del Señor; y eso es todo lo que tengo que decir.

Felig. Esa es la causa porque han dicho la verdad, porque eran humildes de espíritu: por eso recibimos de ellos santas y saludables instrucciones, como las que acabamos de oír, y otras muchas que ellos han sacado de la fuente misma de la verdad, á que nos remiten para juzgarlos.

Parr. Pero, como dice S. Ireneo, (lib. 3. c. 4,) ¿si los apóstoles no nos hubiesen dejado sus escritos, no nos hubiera sido necesario seguir el órden de la tradición que transmitieron á aquellos á quienes confiaron las iglesias?

* S. Cyril. 4ª. catech.

† S. Ambros. cart. 47ª.

Felig. Pues de ahí concluyo yo, puesto que no hemos tenido esa desgracia, que nos hallamos libres de ese laberinto de las tradiciones. Vea V. cual seria la facilidad que ahora tendríamos para seguir ese orden de la tradicion. Policarpo, obispo de Esmirna, que habia conocido á los apóstoles, sostenia con las iglesias del Asia, que la fiesta de pascua debia celebrarse el dia 14^o. de la luna. Aniceto, obispo de Roma, y las iglesias de occidente, sostenian que se debia dejar esta fiesta para el primer domingo despues del dia 14^o de la luna. En los escritos de los apóstoles nada se dice sobre este particular ; mas ambas partes creian apoyarse en la práctica de los apóstoles, conservada por la tradicion. La disputa duró dos siglos, y principió en un tiempo muy inmediato al de los apóstoles. La tradicion de consiguiente era ya incierta. ¿ Qué seria pues ahora para nosotros despues de tantos siglos, si debiésemos para lo que hemos de creer, recurrir á las tradiciones ?

Parr. ¿ Y qué mal hay en seguir las tradiciones, aquellas por lo menos que están bien establecidas ?

Felig. El mal que hay es que con ellas se añade á la palabra de Dios, contraviniendo á lo que espresamente tiene ordenado el Señor : “ No añadiréis á la palabra que os hablo, ni quitareis de ella : guardad los mandamientos del Señor Dios vuestro, que yo os intimo.” (Deuter. c. 4. v. 2) : “ No añadas cosa alguna á las palabras de él, porque no seas reprendido, y hallado mentiroso.” (Proverb. c. 30. v. 6.) El mal que hay es que nos esponemos á quebrantar los mandamientos de Dios por esas tradiciones ; que con ellas en muchas ocasiones se hace nula la palabra de Dios, é insensiblemente toman ellas la primeria en nuestra creencia, no solo respecto del comun de los hombres, sino tambien respecto de aquellos que se han titulado príncipes de la Iglesia. El papa Pio IV. nos ha dado de esto un tristísimo ejemplo en aquella bula suya, que contiene el juramento y la profesion de fé de todos aquellos, que deben ser empleados en el ministerio eclesiástico. En la fórmula que en ella se propone á todos, en donde, como es regular pensar, todas las palabras son escogidas y pesadas, y aun colocadas segun su valor respectivo, y segun la importancia de las ideas que deben espresar, se lee : “ Yo admito y abrazo firmemente las tradiciones apostólicas y eclesiásticas, y todas las otras observancias y constituciones de la madre Iglesia : ademas yo admito la Santa Escritura, segun el sentido que le da y le ha dado la santa madre Iglesia. . . .” En primer lugar las tradiciones de toda especie ; ademas, ó como vulgarmente suele decirse, por añadidura, como cosa sin la cual podriamos pasar fácilmente, *la Santa Escritura* ; y aun no se ha de ver en ella lo que en ella hay, sino lo que ha pensado ver en ella lo que el llama la Iglesia. Vea V. el mal que yo hallo en las tradiciones. La Biblia sola, Señor Cura, contiene la verdadera revelacion de Dios. ¿ Cómo no habiamos de tener el derecho de leerla ? Y ¿ á qué otro habiamos de ir, puesto que Jesucristo solo tiene palabras de vida eterna ? (S. Juan c. 6. v. 68.)

Parr. ¡ Un derecho, y el derecho de leer la Biblia ! ¿ Ha pesado V. bien el valor de esta palabra, un derecho, cuando se habla de una criatura degradada y perdida, cual es el hombre ?

Felig. Un derecho es un poder. Dios solo, de consiguiente, que tiene el único, el verdadero poder por sí mismo, es tambien el solo que por sí mismo pueda tener derechos. Sin embargo, como ha sido del beneplácito de la divina bondad el conceder dones á sus criaturas, estas han recibido de ella ciertos poderes, que constituyen otros tantos derechos : y en esta parte, el poder supremo ha sido tan ampliamente generoso para con sus criaturas, que á aquellos que han recibido á su Hijo por Salvador, les ha sido dado el derecho, ó el poder, de ser hechos hijos de Dios. (S. Juan c. 1. v. 12.) La nueva de este acto asombroso de misericordia de parte del Eterno, respecto de sus criaturas degradadas y perdidas, les fué traída por Jesucristo mismo del modo mas auténtico. Los apóstoles del Salvador la han comunicado de viva voz á aquellos á quienes esta voz ha podido llegar, y la han dejado por escrito para que pueda hacerse saber á aquellos á quienes su voz no hubiere podido llegar, y para que puedan traerla continuamente á la memoria aquellos mismos á quienes se hizo el anuncio verbal. Llame V. gracia, si V. quiere, el derecho de leer la Biblia, yo no tengo por qué oponerme á eso, pues en último resultado todo es gracia para quien por sí no merece nada ; mas en ese caso permítame V. que le pregunte : si Dios ha querido hacer gracia al género humano, y ha anunciado este misericordioso designio de diferentes maneras, ya por sus profetas, ya por su propio Hijo, ya por los apóstoles que este comisionó, si estos han divulgado la noticia, sea de palabra, sea por escrito, para que llegue á conocimiento de todas las naciones, ¿quién puede, sin oponerse á la voluntad de Dios, impedir que oiga el que pueda oír, ó que lea el que pueda leer ? Eso es una cosa tan simple que no hay para qué detenerse mas en ella.

Parr. Sin embargo, yo me paro en eso, y hago observar á V. que á los apóstoles se les ha encargado hablar, no escribir. Se les ha dicho : Id é instruid á todas las naciones : ellos por su parte han encargado lo mismo á otras personas. Entre las instrucciones que S. Pablo da á Timoteo, le encarga en primer lugar que guarde la forma de las sanas palabras *que ha oído*, (2^a. á Tim. c. 1. v. 13) ; y despues le dice : “y las cosas que *has oído* de mí delante de muchos testigos, encomiéndalas á hombres fieles, que sean capaces de instruir tambien á otros.” (c. 2. v. 2.) En fin el santo ministerio de la Palabra no consiste, sino en una serie de personas encargadas desde los apóstoles de anunciar, ya las cosas que ellos han visto, ya las instrucciones que han recibido y dado ; de modo que de boca en boca han podido estas pasar hasta las generaciones mas remotas. Es verdad que los apóstoles han escrito ; mas eso es muy accidental : bien hubieran podido no escribir, y por eso nada hubiera faltado al establecimiento y á los progresos del Cristianismo.

Felig. Lo que hay de cierto en este punto, es que los apóstoles han recibido la orden de instruir á todas las naciones ; mas como se puede comunicar la instruccion, ya de palabra ya por escrito, ellos han empleado ambos modos ; en lo cual han obrado como era razonable que obrasen. Han instruido de palabra á aquellas personas que pudieron tener presentes : han hablado por escrito para aquellas que no pudieron presenciar sus instrucciones verbales. Cuando S. Pablo

está en Roma, en Corinto, ó en Efeso, habla á los Romanos, á los Corintios, ó á los Efesios ; les escribe cuando se halla en cualquiera otra parte. ¿ De qué otro modo hubiera podido S. Pedro desde Babilonia instruir ó amonestar á los Cristianos dispersos en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, y Bitinia ? Yo no sé, aunque no sería muy difícil el adivinarlo, lo que hubiera sucedido, si los apóstoles no hubieran dejado nada por escrito, pero lo que es cierto es que V. se engaña, cuando dice que es cosa muy accidental el que los apóstoles hayan escrito, como si eso hubiera sido de parte suya una simple veleidad, cosa sin la cual hubiéramos podido pasar, pues se nos ha enseñado que los hombres santos de Dios hablaron, *siendo inspirados del Espíritu Santo*. (2ª de S. Pedro c. 1. v. 21.) Y no vaya V. ahora á pararse en el uso que se hace aquí de la palabra *hablar*, como si no espresase la misma idea que la palabra *escribir*, pues en el Evangelio, así como en el language de todo el mundo, de aquel que escribe se puede decir que habla. S. Lucas principia el libro de los Hechos de los apóstoles con estas palabras : “ *He hablado*, O Teófilo, en mi primer discurso, . . . ” y su primer discurso, no es otra cosa que el Evangelio que escribió. Por aquí se vé que cuando la Biblia enseña que los hombres de Dios *han hablado* inspirados por el Espíritu de Dios, es lo mismo que si dijera *han escrito*.* Así no es una cosa indiferente el leer ó no leer lo que de sus palabras nos ha llegado por escrito, tanto mas cuanto S. Pablo nos dice que todo lo que ha sido escrito se escribió para nuestra instruccion. Por otra parte, si V. concede á los hombres el derecho, ó la gracia, de escuchar á los apóstoles cuando hablan, no puede tampoco negarles la gracia, ó el derecho, de leer lo que ellos han escrito. V. y todo el mundo sabe que leer no es mas que el modo posible de escuchar al ausente. Su escrito no es otra cosa mas que su palabra.

Parr. Ya se deja entender que los pastores, los ministros del Evangelio, encargados de enseñar, de corregir, de consolar, tengan el derecho de hojear las Santas Escrituras ; pero es inconcebible que ese mismo derecho se haya de reconocer á cada individuo en particular, el cual no tiene necesidad de otra cosa, sino de escuchar en silencio la palabra de aquel que está encargado de enseñarle é instruirle.

Fel. Lo que naturalmente se deja entender es, que aquel á quien se dirige el escrito, tenga el derecho de leerle ; pues solo el dirigirle el escrito es ya una autorizacion, mas aun, una invitacion, si á veces no es tambien un precepto, para que le lea ; y desdeñar de hacerlo es, á lo menos, y en todos los casos, una gran descortesía, y en nuestro caso, una grande ingratitud para con la persona que en el escrito nos

* Quizá se nos tendrá por minuciosos en detenernos á prevenir una objecion semejante, mas ella fué hecha hace algunos años por el Obispo de Bayona á la Iglesia protestante de Orthez. Esta, para probar que si la sagrada Escritura es á veces oscura, es á causa de nuestra mala voluntad, ó de nuestra propia y voluntaria ceguedad, cita á S. Pablo cuando dice : “ Si nuestro evangelio aun está encubierto, en aquellos que se pierden está encubierto : en los cuales el Dios de este siglo cegó los entendimientos. . . ” (2ª Corint. c. 4. v. 3.) El obispo en su segunda carta á esta Iglesia, para probar que el texto estaba mal aplicado, dijo que en él se habla del Evangelio *predicado ó hablado*, y no, del Evangelio *escrito*.

habla, y un gravísimo perjuicio para nosotros mismos, que perdemos las instrucciones que los escritos sagrados contienen. Ahora bien, estos escritos no han sido exclusivamente dirigidos á los pastores ó doctores, sino tambien, y especialmente á simples individuos. Traiga V. solamente á la memoria el principio de la mayor parte de los escritos de los apóstoles. S. Pablo, escribiendo á los Romanos principia así: "Pablo, siervo de Jesucristo . . . á todos los que están en Roma, &c.:" escribiendo á los Corintios: "Pablo, llamado apóstol de Jesucristo . . . á la Iglesia de Dios que está en Corinto, á los santificados en Jesucristo:" escribiendo á los Efesios: "Pablo, apóstol de Jesucristo . . . á todos los santos que hay en Efeso y fieles en Jesucristo:" escribiendo á los Filipenses: "á todos los santos en Jesucristo que están en Filipos:" escribiendo á los Colosenses: "á los santos y fieles hermanos en Jesucristo que están en Colosas." Santiago se dirige "á las doce tribus que están dispersas:" S. Pedro "á los extranjeros que están dispersos en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos segun la presciencia de Dios Padre:" S. Juan dice espresamente en una de sus epístolas, que escribe á los niños, á los jóvenes, á los padres, para que ninguna edad pueda considerarse escluida de la facultad de leerle. Uno de los apóstoles, S. Pablo, termina su primera epístola á los Tesalonicenses con estas notables palabras: "Conjuroos por el Señor, que se lea esta carta á todos los santos hermanos:" tan importante le parecia que todos tuviesen conocimiento de ella. El simple individuo tiene necesidad de algo mas, que de escuchar en silencio á la persona que le instruye. Si le está mandado que sea simple como una paloma, tambien se le ha advertido que debe ser prudente como una serpiente, porque Satanás se reviste á veces de ángel de luz.

Pero lo que constituye todavia mas directamente el derecho de leer la Biblia, derecho que con justo título puede reclamar para sí cada individuo, son las invitaciones directas á esta lectura, que se nos hacen en la Biblia misma. Y observe V. que yo las llamo solamente invitaciones, cuando podria con razon llamarlas mandatos. En el Antiguo Testamento se leen algunas semejantes á esta: "Mirad atentamente en el libro del Señor, y *leed*," (Isai. c. 34. v. 16): y á esta otra: "Y estas palabras que te mando yo hoy, estarán en tu corazon; y las contarás á tus hijos, y las meditarás sentado en tu casa, y andando por el camino, al irte á dormir, y al levantarte. Y las atarás como por señal en tu mano, y estarán y se moverán entre tus ojos; y las escribirás en el umbral y puertas de tu casa." (Deuter. c. 6. v. 6.) Por eso Jesucristo se dirige las mas veces á los Judios, como á personas que leian, ó debian leer, las santas Escrituras. Nada se ve con mas frecuencia en el Evangelio, que el recordarles algun pasaje de los sagrados escritos con alguna de estas fórmulas: *No habeis leído . . . ?* "No está escrito . . . ?" ¿No habeis leído las palabras que Dios os dice: "Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?" (S. Mat. c. 22. v. 31): "¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, Dioses sois?" modos de hablar que serian fuera de propósito, usados con personas para quienes la lectura de las Santas Escrituras no fuese, ó habitual, ú obligatoria. Pruebe V. á decir á

alguno de sus feligreses : ¿ No habeis leído lo que dice Jeremias, ó lo que enseña S. Pablo ? y diga V. si no piensa que cualquiera le responderá : soy yo acaso teólogo ? En otras ocasiones remite á sus oyentes Jesucristo al estudio y meditacion de los sagrados escritos ; ya bajo la forma de una repension, como cuando dice : “ Errais, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios,” (Mat. c. 22. v. 29,) lo que quiere decir, aplicáos á conocerlas ; ya bajo la forma de una exortacion ó de un precepto, como cuando les dice del modo mas solemne : “ Escudriñad las Escrituras, en las que vosotros creéis tener la vida eterna : y ellas son las que dan testimonio de mí.” (S. Juan c. 5. v. 39.)

Parr. Pero, Señor mio, la Iglesia nó ha echado en olvido esas recomendaciones. En la misa se leen todavia fragmentos de las epístolas y de los evangelios, lo que se ha practicado desde los tiempos primitivos ; mas esa lectura va á veces acompañada de esplicaciones dadas por los pastores y ministros encargados de enseñarnos el verdadero sentido que da la Iglesia á lo que se lee, á fin de evitar las cavilaciones de los que quisieren separarnos, con falsas interpretaciones, del verdadero sentido de las Escrituras. En el Antiguo Testamento se lee que los Levitas leian en el libro de la ley de Dios con distincion y claridad para que se entendiese. (2º. de Esdras, c. 8. v. 8.)

Felig. Todo el mundo conviene en cuanto V. dice relativo á la lectura y esplicacion de las Santas Escrituras, y en que así se ha practicado desde el principio de la Iglesia. El cargo de los pastores no tiene otro objeto, y por eso se llama el ministerio de la palabra. Todas las iglesias cristianas han retenido esa práctica de leer y explicar la Palabra de Dios, lo que puede tambien, como V. dice, servir para impedir las cavilaciones de aquellos que quisieren apartarnos del verdadero sentido de las Escrituras, ó enseñar alguna cosa diferente de lo que nos ha sido enseñado por Jesucristo y sus apóstoles. Hay una congregacion, sin embargo, la de la Iglesia de Roma, que V. cita, que no se ha conducido en este punto de una manera muy leal, ni muy propia para obtener ese resultado. En primer lugar la lectura de la Biblia que en ella se práctica, no es mas que la de algunos trozos, casi siempre los mismos todo el año ; y en segundo, lo que es mas extraordinario, que estos trozos, leídos ó cantados, no se leen ni se cantan sino en una lengua estraña, que el pueblo no conoce : la esplicacion sola es la que se da en lengua que todo el mundo pueda entender. Por aquí se vé que en esa Iglesia no se crée necesario que sea conocido el testo de la Escritura, y que lo que se quiere es que la instruccion de los fieles tenga por base la palabra ó esplicacion del hombre, y no el testo de los oráculos de Dios.

Parr. Pero V. debe saber, caballero, que los fieles pueden tener libros en que la misa está traducida en lengua vulgar, y que esos trozos de los evangelios y de las epístolas se hallan allí tambien traducidos.

Felig. Ya lo sé. En efecto, el sentido comun ha prevalecido al fin, y se ha introducido la práctica de tener la misa traducida en lengua conocida del pueblo ; mas tambien es cierto que esa práctica es

abusiva. El Concilio de Trento dice que aunque la misa contiene grandes instrucciones, no debe ser dicha en lengua vulgar. Según la regla 4.^a del índice de los libros prohibidos, no es lícito tener en lengua vulgar los trozos del evangelio ó de las epístolas que se cantan en la misa, sino en cuanto no estén solos, mas acompañados de los sermones ó explicaciones, que para edificacion de los fieles se han compuesto ó se compusieren. Así los que ponen la misa traducida en manos de todo el mundo no entran mucho en las intenciones del concilio. Triste cosa es para esta Iglesia el que no se pueda ser en ella razonable, sino desconociendo el espíritu de una gran parte de lo que en ella está ordenado. Sea pues de esto lo que quiera, el punto en que ahora nos ocupamos es de la mayor trascendencia. Se desea saber, si cada hombre en particular, ademas de la facultad de oír la lectura y la explicacion de las santas Escrituras, en la misa ó fuera de la misa, tiene el derecho de leer por sí mismo los escritos sagrados, y de buscar por todos los medios razonables la explicacion y el verdadero sentido de lo que en ellos se nos enseña; esto en caso que él creyese ver que los que en realidad cavilan y apartan del verdadero sentido de las Escrituras, son aquellos mismos que se dan por encargados de leerlas y dar la explicacion de ellas: ó bien, si aun sin sospechar de modo alguno á sus ministros, cada hombre en particular, ademas de la lectura y explicacion comunes, puede por sí mismo meditar, estudiar y escudriñar las santas Escrituras, para formar y fortificar su fé, alimentar su piedad, y sacar de ellas santos consuelos.

Parr. Para eso no hay necesidad de autorizar á cada individuo en particular para que examine las santas Escrituras, á causa del peligro de que ya he hablado: á cada fiel en particular deben bastar la lectura y explicacion hechas en comun en la Iglesia.

Felig. Sin embargo me parece que lo que he dicho queda ya suficientemente probado; mas si V. quiere aun consultar la razon y el Evangelio, observe V. que el hombre en particular, no menos que la sociedad, es el que debe dar á Dios cuenta de su conducta (Roman. c. 14. v. 12), y que cada uno individualmente ha de hacer ver cómo ha hecho valer el talento que le ha sido á él en particular confiado: que quien le ha de juzgar en el último día es la palabra que Jesus ha anunciado (S. Juan c. 12. v. 48), y no la palabra de cualquiera otro: que cuando se le ha dicho: "Examináos á vosotros mismos si estais en fé" (2.^a Corint. c. 13. v. 5), no se le ha dejado la facultad de remitirse á la fé ó al dicho de otro, sino que se ha querido que él mismo viese y supiese en quien habia creído: que el Salvador no habla á la sociedad en masa, ó representada por quienquiera, sino que á cada cristiano en particular, de un modo ú de otro, ha dicho mas de una vez: "Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel" (S. Juan c. 20. v. 27), y que de cada uno en particular es de quien espera la respuesta: "Señor mio, y Dios mio." En fin observe V. que ese Señor que le ha dado ojos para ver, y una inteligencia para entender, podrá acaso no contentarse con la fé sacada de las doctrinas de los hombres, cuando él ó por sí mismo ó por sus apóstoles nos ha hablado mas claramente que ellos; y que seria una cosa terrible, para aquel

que hubiere desdeñado el instruirse en las santas Escrituras, el oír que se le dirigía aquella corta y terminante palabra: ¿ “En la ley qué hay escrito? ¿Cómo lees?” (S. Luc. c. 10. v. 26.) no teniendo que responder otra cosa que lo que ha leído otro.

Parr. En ese caso ya no será extraño que hallemos en cada aguador, y aun en cada patan, un doctor que reclamará el derecho de hacerse escuchar.

Felig. Los primeros doctores de la religion, escogidos por Jesucristo mismo, fueron simples pescadores, ó fabricantes de tiendas; y sin embargo de ellos fué de quienes dijo el Salvador, “quien á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia á mí me desprecia” (S. Luc. c. 10. v. 16). Por otra parte, V. sabe muy bien que, “las cosas flacas del mundo escogió Dios, para confundir las fuertes: y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son” (1^a. á los Corint. c. 1. v. 27); y que “aquel solo y mismo Espíritu que reparte á cada uno como quiere (id. c. 12. v. 11), puede haber tenido á bien el conceder palabras de sabiduria y de ciencia á un patan ó á un aguador, así como las concedió á un David ó á un Salomon. Así es que la Iglesia pudo decir siempre con el Apóstol: “todos uno por uno podeis profetizar; para que todos aprendan y todos sean amonestados” (id. c. 14. v. 31), pues habiendo todos recibido dones diferentes, tiene razon para estar persuadida de que puede haber en ella muchos, “lentos de caridad, lentos de todo saber; de manera que se puedan amonestar los unos á los otros” (Rom. c. 15. v. 14); sin dejar por eso de confesar que, segun el mundo, no hay en ella muchos sabios.

Mas si V. crére que podremos estar mas seguros sobre el verdadero sentido de los parages del Evangelio, que yo creo propios para probar el derecho que todo hombre tiene para leer las santas Escrituras, y sacar de ellas su creencia, si consideramos la doctrina y la práctica de los primeros siglos de la Iglesia, V. puede consultar los historiadores y los padres, y verá que en la práctica no se contentaban los primeros cristianos con la lectura y la explicacion que se hacia en la Iglesia, sino que se daban á esta lectura en sus casas particulares. S. Clemente de Alejandria refiere que los cristianos de su tiempo leian las santas Escrituras antes de sentarse á la mesa, durante la comida, y antes de irse á acostar. Eusebio cuenta de Cuadrato y de sus compañeros que, “aunque legos recorrian diversas tierra spara anunciar á Jesucristo á aquellos que no habian oido hablar de él, y que ponian entre sus manos el libro sagrado del Evangelio.” El mismo historiador refiere que un santo sacerdote, llamado Pánfilo, compraba gran número de ejemplares de la sagrada Escritura, que distribuía á aquellas personas que veia dispuestas é inclinadas á leerla. Cuando á consecuencia de los edictos de los Emperadores, se hicieron pesquisas para quemar los libros sagrados, no se limitaron estas á las iglesias, sino que se hicieron muy minuciosas en las casas particulares, pues segun el dicho de los historiadores “los legos como los otros tenian en sus casas la sagrada Escritura, la leian asiduamente, y aun la sabian de memoria: los artesanos la tenian de ordinario en sus talleres; los niños y los criados la hojeaban como los demas, ó la oian diariamente

leer en las familias, los soldados y los que viajaban la llevaban consigo." Observe V. ademas, que estas santas prácticas eran sugeridas por las fervorosas exortaciones de los mismos santos doctores. "Los libros de los apóstoles y de los profetas, decia S. Juan Crisóstomo, y toda esa Escritura divinamente inspirada, deben ser *para cada fiel*, lo que son para el artesano los instrumentos de su arte" (Homil. 3. in Lazar.): y en otra parte: "cuando está en una casa el Evangelio, es como un arsenal lleno de armas que tiene en seguridad á aquella casa. . . . Pónganse en él los ojos con respeto, y á veces basta eso para impedirnos caer en pecado . . . y si á eso se añade una *lectura* regular, hallándose el alma como en un santuario divino, llega á ser mas pura y mas perfecta por la comunicacion que tiene con su Dios, *leyendo* su santa palabra." "La meditacion de las santas Escrituras, decia S. Basilio, es el camino mas seguro para que hallemos *todo* lo que nos importa saber, en cualquier estado en que la Providencia nos haya colocado . . . de cualquier naturaleza que sean nuestras necesidades, cada uno, meditando esta palabra, encontrará un tesoro de auxilios inagotable." . . . (Cart. á Gregor.) En fin vea V. aquí las notables palabras del santo abad y mártir, Máximo: "Como una tierra que no ha sido regada no puede llevar espigas, aun cuando hubiese sido sembrada mil veces, así el alma, que no ha sido humedecida por el rocío de las Divinas Escrituras, no puede llevar ningun fruto, aun cuando mil veces hubiere sido sembrada por la palabra del predicador." (Serm. 17.)

Parr. Tambien podria yo, Caballero, citar á V. gran número de pasajes de los santos Padres, y Doctores modernos, en que está muy recomendada la lectura de las santas Escrituras: así que el punto no es precisamente, y en último resultado el saber si cada uno puede leer los escritas sagrados, cosa que yo podria conceder generalmente hablando; sino saber si, cuando la Iglesia prohíbe á los fieles esa lectura, tiene ella derecho á ser escuchada, y si los fieles deben someterse á su disposicion, y creer que esa prohibicion misma no tiene por objeto sino la gloria de la Iglesia, y la salvacion eterna de ellos mismos.

Felig. Sea así: ya veremos eso otro dia.

UN MATERIALISTA CONVENCIDO DE IMPOSTOR, POR SUS PROPIOS PRINCIPIOS.

En feliz dia regresó D. Fidel, despues de una larga ausencia, á la casa de su padre, y pudo verse de nuevo en los brazos de su tierna madre, y al lado de sus queridos hermanos, que vivian en una de las principales ciudades de España. A la edad de quince años habia dejado la casa paterna, para ir á perfeccionar y concluir sus estudios en uno de los mas acreditados colegios de Francia. Ya habia oido á los mejores

maestros, frecuentado las Bibliotecas, y escuchado á los mas célebres filósofos, cuando considerándose en estado de poder recoger sazonados frutos de los viajes, pidió á su padre permiso para recorrer las cortes de Europa, y acabar, como el decia, de formarse para la sociedad. El bondadoso padre no quiso que faltase á su hijo este importante requisito para la instruccion de un hombre, que espera tener distinguido empleo en su patria. Dió de consiguiente su licencia, y D. Fidel visitó por espacio de algunos años las principales capitales de esta parte del mundo. Concluido todo esto es cuando regresó, despues de una ausencia de diez años, á su casa y familia, hecho ya hombre, enriquecido de conocimientos y esperiencia, y, lo que él mas preciaba, libre de todas las preocupaciones que, como él solia decir, habia mamado con la leche.

Apenas le oyó hablar el padre, cuando entró en deseo de aprovechar la primera ocasion oportuna que hallase, para sondear los conocimientos del hijo, y saber á punto fijo hasta donde rayaba la despreocupacion de que hacia tanto alarde; y esta ocasion se presentó de suyo en el mismo primer dia de su llegada. Cuando fueron á sentarse á la mesa, invitó el padre á toda la familia á que le acompañase, segun tenia de costumbre, á dar gracias al Señor por aquellos alimentos, que su paternal bondad les presentaba cada dia, y á que con él implorasen su bendicion sobre ellos. La madre y hermanos de D. Fidel lo hicieron así con recogimiento y compostura; pero el padre advirtió con disgusto, que el hijo recién llegado se habia mostrado distraido durante aquel sencillo acto religioso, y poco dispuesto á acompañarlos de corazon en él. Calló por entonces, aunque le afligió sobremanera esta significativa circunstancia; pero se propuso el explicarse con su hijo sobre este particular, luego que se concluyese la comida.

Hijo mio, le dijo el padre, de sobremesa, he advertido que cuando tu madre, tus hermanos y yo, al principio de la comida elevamos al Señor nuestros corazones, dándole gracias por sus diarios beneficios, y pidiéndole que continuase su bendicion sobre nosotros, tú diste muestras de que no tomabas parte de buena voluntad en este acto religioso: yo quisiera poder oir de tu misma boca, que eso no fué de parte tuya mas que una mera distraccion involuntaria, pero que todavia conservas en tu corazon, y que aun se han fortificado, los mismos sentimientos religiosos que tenias cuando nos dejaste para ir á perfeccionar tus estudios. Padre mio, le respondió el jóven despreocupado, no solo he conservado en mí los sentimientos de amor, de respeto y de sumision para con su venerada persona, y la de mi tierna madre, así como los de estimacion y afecto fraternal para con mis queridos hermanos, sino que todos estos sentimientos, como mas ilustrados ahora, han ganado mucho. La solicitud y esmero que á Vm. ha debido mi educacion, los sacrificios que por ella ha hecho, la bondad con que me ha proporcionado su buen corazon todas las cosas necesarias, para que yo hiciese mis viages cómoda y fructuosamente, no han podido menos de aumentar estos sentimientos; y esto es lo que ante Vm. protesto en nombre del honor y de la probidad. Mas yo seria indigno de que Vm. me continuase sus bondades, si desde este primer dia, en que he tenido la dicha de volver á echarme en sus brazos, no le diese alguna

muestra de que vuelvo á ellos con alguna mas instruccion, y con conocimientos de mas elevado órden, que los que hubiera podido adquirir en esta desventurada tierra, esclava del fanatismo y de la mas grosera supersticion. En el momento en que ví á Vm. ocupado, con la gravedad y compostura que acostumbra en todo negocio serio é importante, en alzar las manos al cielo implorando su bendicion sobre unos alimentos, que solo puede hacer benditos la bendicion que les da la ternura con que Vm. los ofrece á su dichosa familia, y ofrecer rendidas acciones de gracias por unos dones, que solo debemos al trabajo y solicitud de Vm. y al buen órden é ilustrada economia doméstica de mi tierna Madre, virtudes que infaliblemente corona la benéfica y próspera Naturaleza, me sentí llorar en mi corazón de ver que un hombre sabio é ilustrado como Vm. sea hasta ahora víctima de las preocupaciones, que solo conserva todavia el ignorante vulgo. Cómo ! me dije á mí mismo, ¡ Un hombre que está muy lejos de ser novicio en el conocimiento de las ciencias naturales, no ha comprendido todavia, quien es realmente el Dios que da vida á todo lo que es animado, y quien es el que alimenta, y conserva hasta su fin á todo lo que respira !

Atónito quedó el padre al oír esta inesperada salida de su hijo. Disimuló, sin embargo, su pesadumbre y su sorpresa, y aunque previó al punto y conoció toda la estension de la desgraciada aberracion de espíritu, en que habia caído el jóven, deseando que se esplicase mas para hacerle conocer mejor su absurdo extravio, le dijo : Yo no veo, hijo mío, que tu Madre ni yo seamos tan dignos de compasion, porque os invitamos á que con nosotros concurráis al acto religioso, de que se trata ; porque, si realmente hay uno que da vida á todo lo animado, y sustenta á todo lo que respira, no es sino muy natural y muy debido, el que mostremos nuestra gratitud en el momento mismo en que de su liberal mano estamos recibiendo estos beneficios. Yo quiero que te expliques con toda libertad ; sin embargo, como tu Madre y tus hermanos no están aun acostumbrados á oír verdades de tan alta filosofia, como al parecer tú traes, ni tal vez dispuestos á recibirlas de boca tan poco autorizada para ellos como la tuya, yo quiero que las oigan de la mia, cuando tú á mí en particular me las hubieres comunicado.—Con esto, entraron ambos en el despacho del padre, y sentados allí, como suele decirse, mano á mano, el hijo se esplicó en estos términos :

Ya sabe Vm. padre mío, que el distintivo que mas caracteriza al hombre es la razon, y que aquel que mejor la escucha, por este solo hecho llena mejor las funciones de su alto destino. Desenvuelta en mí esta preciosa facultad, gracias á la bondadosa solicitud de Vm. en darme estudios y medios de ilustrarla, he llegado á conocer con los mas profundos filósofos, que no hay razon valedera para admitir la existencia de un Dios, Criador del Universo, distinto de él, esto es, de esta Naturaleza misma, que vemos y tocamos. Por cuanto se ha visto, por una parte, que en la Naturaleza todo es maravillas, y por otra, que todo en ella es misterio, que no podemos explicar, se ha concluido, que todas esas maravillas deben tener un hacedor. Hasta aquí el argumento no tiene réplica ; pero el vicio está en que no se ha consi-

derado, que el hacedor de esas maravillas es la Naturaleza misma que las hace, la cual existe por sí misma, eterna é independiente, cual sería ese otro ser que la hubiese formado, si existiese.—Ahora veo, dijo el padre, que tú eres ese D. Fidel, autor de unas ciertas observaciones contra la existencia de Dios, que han llegado á mis manos.—Cabalmente, respondió el hijo ; pero en ellas no hice mencion de otra preocupacion, no menos arraigada en la opinion de los hombres que la de la existencia de Dios. Así como para explicar las maravillas de la Naturaleza han imaginado otro ser, distinto de ella, que la regle y que la rija, así para explicar el pensamiento en la máquina humana, han imaginado tambien un pensador distinto de ella, un ser que piensa, y raciona, y ama, y aborrece, &c., &c. Todo esto lo han fundado en que la materia del cuerpo humano no puede pensar ; sin saber de donde ha venido la idea de esa imposibilidad, puesto que el hecho muestra lo contrario, cuando vemos que la materia organizada de un cierto modo en el hombre, piensa, raciocina, y hace las demas funciones que en él observamos. Así, y en realidad el hombre todo entero no es mas que un conjunto de elementos ó partículas de la materia misma del Universo, que, ya en virtud de su admirable construccion mecánica, ya en virtud de las diferentes fuerzas, atractivas y repulsivas, produce los fenómenos vitales, sea intelectuales, sea morales, que observamos. Mientras ese mecanismo y esas fuerzas duran el hombre vive ; y cuando ese mecanismo se desorganiza, y de consiguiente las fuerzas no pueden continuar en el mismo ejercicio, el hombre muere todo entero, ó lo que es lo mismo, la union se disuelve, y los elementos ó partículas que la componian, vuelven á entrar en la masa de la materia, para componer de nuevo otras combinaciones, de que resultarán para en adelante nuevos hombres, animales ó plantas, que tendrán despues la misma suerte. Esto supuesto, vea Vm. si tuve razon para afligirme, viéndole invocar con seriedad á un Ser que no le oye, y darle rendidas gracias por unos bienes, que no está en su mano el negar ó conceder, sino que por leyes fijas y necesarias vienen natural é infaliblemente al que con el sudor de su frente los gana.

Estupendos descubrimientos, hijo mio, le dijo el padre, has hecho en tus viages. No digo que sean la piedra filosofal ; mas no pueden menos de ser la piedra de escándalo de tu madre y hermanos, y quizá el trastorno entero de toda nuestra familia. No les des por ahora parte de ellos, hasta que lo haga yo, si despues de esta conversacion creés tu que puede y debe hacerse. No te diré ahora nada relativo á lo que piensas sobre las razones, que hay ó no hay, para admitir la existencia de un Dios, Criador de la Naturaleza ; en cuanto á esto, me atengo á lo que he dicho sobre *Dios y la Naturaleza*,* en un pequeño escrito que contiene algunas reflexiones mias sobre la materia, y que despues, si quieres, pondré en tus manos. En este rato, solo quiero que veas los nuevos descubrimientos que hago yo, en esos mismos que tú traes hechos, en lo relativo al alma del hombre, que por igual razon que la existencia de Dios, no admities como

* Véase el artículo segundo.

un principio espiritual, distinto de la materia que compone su cuerpo.

Ya sabes que yo tengo tambien algun conocimiento de las ciencias naturales. Los que en ellas se ocupan en la investigacion de la verdad, saben que el cuerpo humano no es, como tú dices, mas que un compuesto de elementos ó partículas de la materia misma del Universo, adecuadamente organizado para servir de admirable instrumento á las diversas funciones, que el hombre es capaz de ejecutar, y que ejecuta durante su vida aquí en la tierra. Saben ademas, por haberlo demostrado así una irrecusable experiencia, que la union de estos elementos materiales va disolviéndose lenta y progresivamente, porque con el roce que produce el ejercicio de los órganos y entrañas del cuerpo, la influencia de la atmósfera, del calor, del frio, del tiempo en fin, se van sucesivamente desprendiendo del todo esas partículas, abandonando la union con las demas, y perdiéndose por la transpiracion, y otras secreciones. La necesidad que hay de tomar alimentos diariamente para subsistir, no estriba sino en la precision que hay de que esas partículas que se pierden, se vayan reponiendo con otras nuevas, que salen de esos alimentos que tomamos. Esta pérdida sucesiva es tal, que á la vuelta de cada siete años toda la parte material del hombre se renueva; de modo que si el hombre no es nada mas que un compuesto de materia organizada, á cada siete años hay un hombre nuevo, distinto del precedente, del cual nada absolutamente quedó en ese tiempo. Resulta de aquí que la persona que ahora pronuncia *Yo*, cuando habla de sí, no es real y sustancialmente la misma que lo pronunció siete años antes, ni la misma que lo pronunciará siete años despues. Así cualquiera puede sin faltar ni á la honradez, ni á ninguna ley justa, negarse á reconocer cualquier empeño, palabra, ó promesa, en fin cualquiera obligacion contraída siete años antes, como que sobre él no pesa en realidad. Por eso, Rosita que ya tiene diez años, Luis que tiene doce, y Antonio que tiene quince, una vez enterados de la alta verdad de que no son mas que materia organizada, y sabiendo que ya no les queda nada de aquella con que al mundo vinieron, podrán con razon alegar que no son hijos míos ni de mi esposa, siendo ahora distintas personas de las que de nosotros nacieron. Con esto podrán cuando quieran, y sin faltar realmente á la justicia, echar á un lado la sumision, respeto y obediencia que nos deben, como á sus padres; pues verán que, ya nosotros continuando á mirarlos como hijos, ya ellos permaneciendo en mirarnos como á padres, todos nos dejamos llevar de la mas grosera ilusion, que tu descubrimiento habrá disipado. Ademas, mi esposa y yo no somos mas las personas que en otro tiempo se prometieron ante la ley mutua fidelidad y ayuda: aquellas ya desaparecieron tiempo ha, puesto que los elementos materiales, que era lo único de que se componian, ya desaparecieron, y las que con ellas tienen alguna semejanza, y que tú encuentras en esta casa, son realmente otras personas, otros compuestos organizados; y si continuan viviendo como esposos, su union es privada, que podrán deshacer cuando quieran, sin que tenga que vituperarlos ninguno de cuantos alcancen la alta filosofia con que tú vienes. Mira ahora si tu descubrimiento puede alterar ó no nuestra familia.

Sin embargo, yo espero que en nada se alterará, porque á pesar de esa estupenda verdad que nos traes, como esas criaturas están en la buena fé de que son las mismas é idénticas personas que de nosotros nacieron, yo no les retiraré mi amor, ni me consideraré absuelto de lo que les debo como á mis hijos. Lo mismo hará mi esposa; lo mismo haré yo con ella y ella conmigo. Esto, por lo que á nosotros toca.—Quedóse el padre por algunos instantes pensativo y cabizbajo, al cabo de los cuales, alzando con dignidad la cabeza, y encarándose con D. Fidel, le dijo :—pero en cuanto á Vm. la cosa cambia de aspecto. A Vm. no puedo decirle, sino pura y simplemente, que es un impostor. Vm. sabe que mi hijo, el que salió de mi casa diez años ha, un simple compuesto de elementos materiales y nada mas, fué perdiendo sucesivamente esos elementos, y dejándoselos en Italia, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, y por doquiera fué viajando, ó residió. Vm. sabe que en su lugar fué formándose un nuevo compuesto de otros elementos, tomados de esos mismos países, por donde viajó, á medida que los que componían á mi hijo fueron desapareciendo. Vm. sabe, como dijo poco ha, que la muerte del hombre no es mas que la disolución de ese compuesto material, que es todo lo que le constituye hombre: de consiguiente Vm. sabe que mi hijo ha muerto. ¿Cómo pues se presenta Vm. á mí con ese título? ¿Qué tiene Vm. de mi hijo? Ni aun la semejanza exterior puede Vm. alegar completa; y en cuanto á la interior, es claro, que ni ideas ni sentimientos tiene Vm. semejantes á los que él tenía. Dirá Vm. quizá que puede darme razon y conserva memoria de muchas cosas relativas á mí y á mi familia, y que trae cartas mías, y aun otras varias cosas que sacó de mi casa. Mas ¿ante qué ley basta eso para que Vm. pruebe la identidad de su persona? ¿No hay mil medios en el mundo para apoderarse de los secretos de otro? ¿Y qué importa que pueda Vm. darme razon de muchas cosas relativas á mi hijo y á mi familia, cuando hay prueba física de que Vm. es totalmente otro de lo que era mi hijo, el que salió de aquí diez años ha? Si supieramos ahora, como siempre se ha sabido, que el hombre consta tambien de un alma espiritual, esto es, de una sustancia no material ni compuesta de partes, que por lo mismo no puede disolverse, eso al menos de mi hijo hubiera podido volver aquí, animando ese nuevo compuesto material, que se formó de nuevos elementos: ese podría ahora aquí en mi presencia pronunciar *Yo*, y ese sería idénticamente el mismo sugeto que le pronunció cuando al partirse me dijo: *Yo* procuraré volver digno de Vm. Mas Vm. sabe, segun su alta filosofia, que no hay tal; y así cuando se presenta dándose por mi hijo, no puedo tener á Vm. sino por un impostor, que pretende introducirse en una familia, que de ningun modo le pertenece. En resumidas cuentas, antes que yo acepte á Vm. por mi hijo, ha de probar que el mismo é idéntico compuesto material puede estar disuelto, y con todos sus elementos dispersos en Italia, Francia, Alemania y demas partes de la Europa, y al mismo tiempo reunido y organizado aquí en mi presencia, ó confesar que su doctrina sobre el alma del hombre es el mas absurdo extravío. Vm. escoja: con cualquiera de esas dos cosas que Vm. haga será recibido aquí, pero no de otro modo.

FÉ Y VIDA.

Dios no puede negarse á sí mismo. No puede olvidar su santidad. No puede cerrar los ojos á nuestros pecados. El puede perdonar. Puede borrar, y una vez borrados, no se acordará mas de las iniquidades ni de los pecados; mas no puede desentenderse de su propia santidad. Aun cuando perdona los pecados, lo hace de un modo que confirma y exalta su eterno odio por el pecado.

¿Cómo puede ser eso? *La cruz de Cristo* es la que explica el misterio. Dios le ha dado el morir, morir por el pecado. Dios estaba en Cristo, reconciliando el mundo consigo, no imputándoles sus pecados. (2ª. Corint. c. 5.)

Mas ¿cómo gano yo esta bendición? ¿Y cómo he de conocer que me pertenece?

Dios sea bendito, por graves que sean estas preguntas, no debe quedarme duda en cuanto á la respuesta. Dios ha respondido á ellas. El mismo dice: "Por *este Hombre* se os anuncia la remision de los pecados, y *por él* es justificado *de todo, todo aquel que cree*. No todos son justificados; mas es cierto que todo el que cree es justificado, y de todo. ¿Cómo han de saber eso? Dios lo ha dicho en su palabra; y la fé viene de lo que se ha oído, y lo oído, de la palabra de Dios. Esta es la esencia de la fé. Ella escucha á Dios: recibe lo que él dice, y nada mas. Ella confirma que Dios es verdadero. Así, Abraham: así, todos los que son de la fé. Y todos los que son de la fé son benditos con el fiel Abraham.

Mas ¿qué es lo que he de creer? ¿qué es lo que Dios puede decirme, á mí pecador? Díceme que estoy *perdido*. No puedo yo salvarme á mí mismo; mas él me encamina á Jesus, porque el Hijo del Hombre vino á *salvar lo que estaba perdido*. Díceme que estoy *muerto*. ¿Qué puede hacer el hombre por Dios, si está realmente *muerto* en sus faltas y pecados? El me dirige á su Hijo. El me asegura lo que Cristo hizo por los pecados. El hace brillar su amor para con nosotros; porque, *aun cuando eramos pecadores*, murió Cristo por nosotros.

¿Qué mas necesito? ¿La vida eterna? El mismo dice que este es el testimonio: que Dios nos ha dado la vida eterna: y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, (cualquiera cosa que sea la que tenga,) no tiene la vida. "En verdad, en verdad os digo: que viene la hora, y ahora es, cuando *los muertos* oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, *vivirán*." (S. Juan, c. 5. v. 25.)

O caro pecador como yo! principia ahí. Principia con el Hijo de Dios. Principia con el testimonio que tiene Dios dado de su Hijo. De ese modo, y solo de ese modo, puedes tener la vida, la vida eterna. Es necesario que tengas *de Dios* la vida, antes que *para Dios* puedas vivir. Y no dará él la vida, sino por medio de su Hijo. Creyendo en su Hijo, creyendo lo que Dios me dice de su Hijo, es como *tengo* yo la vida. *Después de eso*, lo que tengo que hacer es vivir para él,

y para él solo. Pues nosotros, salvos ya así por su gran misericordia, “somos hechura de él mismo, criados en Jesucristo para buenas obras, las que preparó Dios para que anduviésemos en ellas.”

Mas ¿no es una presuncion el que digamos y pensemos, nosotros pobres pecadores creyentes, que tenemos la vida eterna, aun en este mundo? Cosa presuntuosa sería, si Dios no hubiese hablado, si Dios no lo hubiese asegurado. Pero ¿no es mas bien una presuncion el desechar lo que Dios dice? ¿Acáso, no es la verdadera humildad el creer á Dios? Y Dios dice por su siervo: “Estas cosas os escribo para que sepais que teneis vida eterna, los que creéis en el Nombre del Hijo de Dios.” (1^a. de S. Juan c. 5. v. 13.)

Pues en ese caso, mira al Hijo de Dios! No puedes de otro modo esperar el vencer al mundo: pues ¿quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios? No hay obra buena—no hay en realidad amor—no hay santidad cristiana, fuera de la fé. “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.”

OTRO COMUNICADO DE ESPAÑA.

YA teníamos escritos los primeros artículos del presente número del Catolicismo neto, cuando con el mayor gusto y satisfaccion recibimos una carta de Madrid, en que se nos felicita, y se dan gracias al Señor que nos ha permitido emprender esta obra, la cual al parecer de la persona que escribe, puede tener una muy benéfica influencia en la propagacion en España del puro Catolicismo del Evangelio. Vino oportunamente esta comunicacion, como si hubiera sido enviada por nuestro compasivo Padre celestial, para mitigar en parte el dolor que ha debido causar á nuestros lectores lo que antes se nos habia comunicado, de que les dimos noticia en nuestro primer artículo, y que nos dió materia para el contenido del segundo.

Esta persona nos dice:—“Desde que leí el *Catolicismo Neto* núm^o. 1^o. me habia propuesto escribir á Vm. i darle la enhorabuena por el comienzo de una tal obra: i leído ahora el núm^o. 2^o. me veo impulsado mayormente en ese propósito. Porque entiendo que la de Vm. puede ser, para nuestro país, obra de bendicion i aceptable; i que no es inconducente á su buen éxito, la muestra de aprobacion que den á ella, todos cuantos Españoles sean sinceros amigos de la libertad i prosperidad de España, i miren en nuestro Señor Jesucristo, i en su Evangelio, el único medio de alcanzar la paz i felicidad. Yo me figuro que no desagradará á Vm. el saber, que existen paisanos suyos, a cuyas manos llegó el *Catolicismo Neto*, aunque se hallan dentro de España, i que le desean una larga vida; i mas aun, que llegue pronto el tiempo de que pueda ese, u otro periódico semejante, imprimirse i circular libremente, i con aceptacion, por toda España.” . . . En otra parte nos dice: “Entiendo, pues, que es mui de agradecerse el

trabajo que Vm. comienza, con la publicacion del *Catolicismo Neto*, i que es justo le agradezcan, aun aquellos Españoles, que sin dejar de ser o llamarse liberales, no están al presente dispuestos á investigar, como deberiamos, esta materia de religion, o mejor dicho, de vitalidad eterna. De mí sé dezir que anhelo vivamente, que no desmaye Vm. en la obra buena de escribir en castellano, lo que Dios no ha prohibido comprehender i retener á los entendimientos de los hombres, porque solamente naciesen en España. Si hai un libro, que es probable conozca Vm., cuyo título es: *España en la Biblia*, no alcanzo la razon que vede a los Españoles el introducir la moral i religion de la Escritura dentro de esta afligida Península, de tal manera, que convertida la Lei evangélica en costumbre jeneral de nuestra cara Patria, pueda algun dia escribir un Español otro libro, cuyo título sea *La Biblia en España*; al modo que C. Anderson ha formado *Los Anales de la Biblia en Inglaterra*."

Esta misma persona, que ya tiene la dicha de conocer al Dios del Evangelio, y cuyo celo conocemos, paga por su parte doce números del *Catolicismo Neto*, para ayudar á su distribucion gratuita entre aquellos que no pudieren pagarle—Le damos gracias por su buena voluntad, y le aseguramos que de esta le tendrá cuenta aquel que prometió no echar en olvido, ni aun un simple vaso de agua que fuere ofrecido en su nombre. Muéstrase tambien afijida de ver que muchas personas, ó constituidas en dignidad en la Nacion, ó de cualquier otro modo influyentes en ella, se hallen adheridas á las supersticiones vulgares, y patrocinen ante la ley la injusticia que al hombre se hace, en no reconocerle el mas sagrado de todos los derechos, el de adorar y servir libremente segun su conciencia al Dios que le crió. No quisiéramos, sin embargo, que olvidase que para poner remedio en eso, no hay otro que acudir al Señor, *en cuya mano está el corazon del Rey, y que á cualquiera parte que quisiere, lo inclinará.* (Prov. c. 21. v. 1.) Entre tanto le suplicamos que continúe, como ya hace, dando gracias al Señor por las mejoras que ya se disfrutan; de lo cual es una prueba inequívoca el haber ella misma, y otras muchas personas podido recibir el Catolicismo neto.

* * * Editor y redactor, D. JUAN CALDERON, profesor de literatura española.

En la Imprenta A. Macintosh, 20, Great New-street, London.